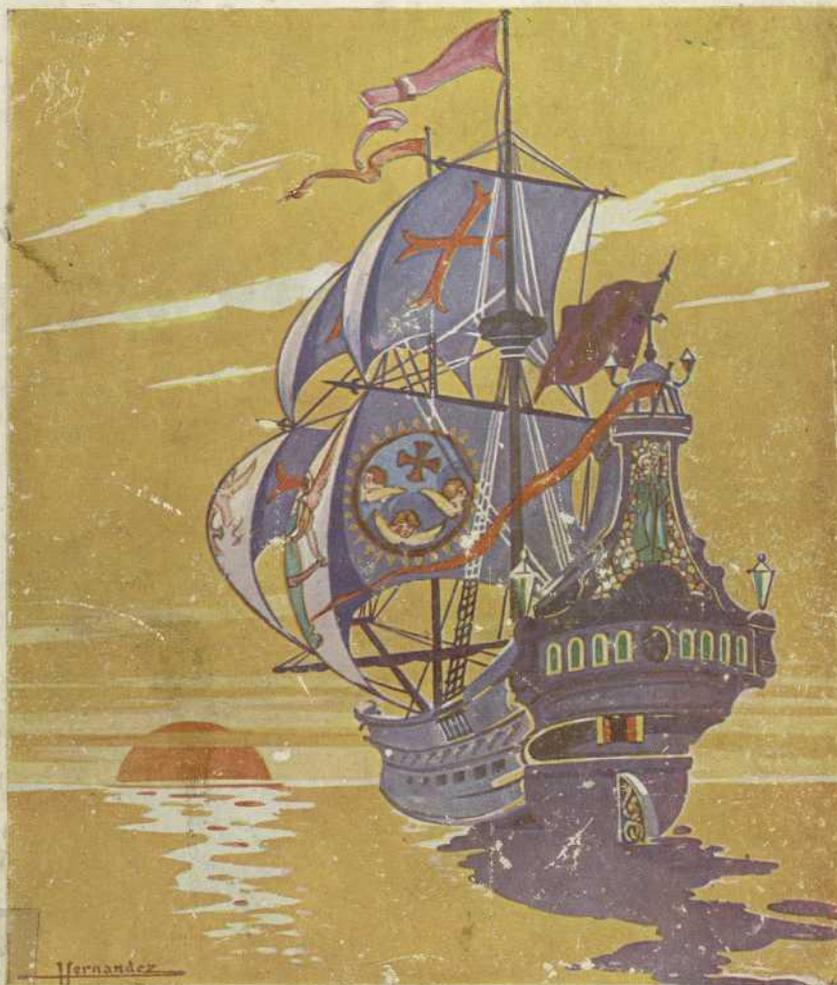
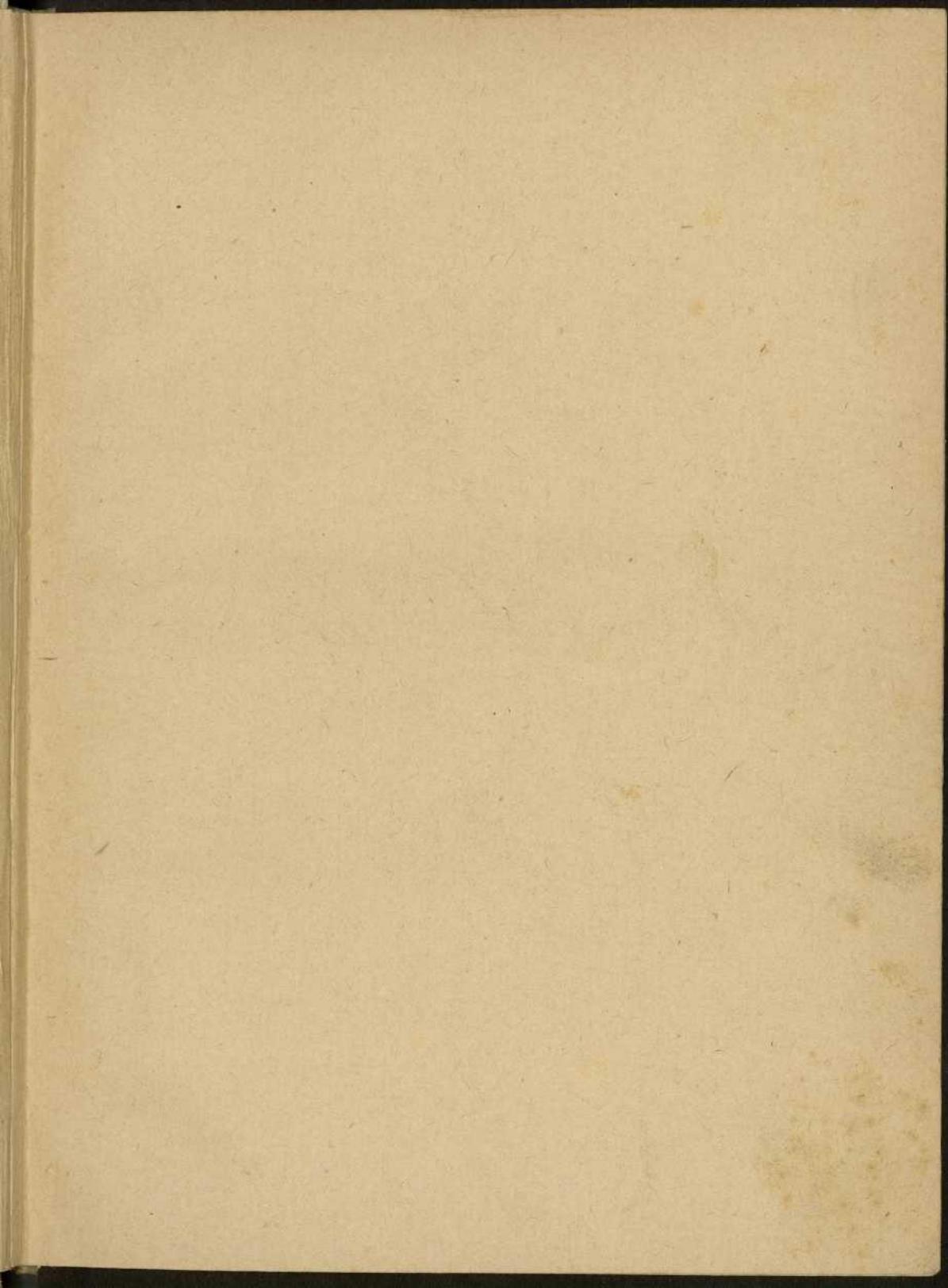


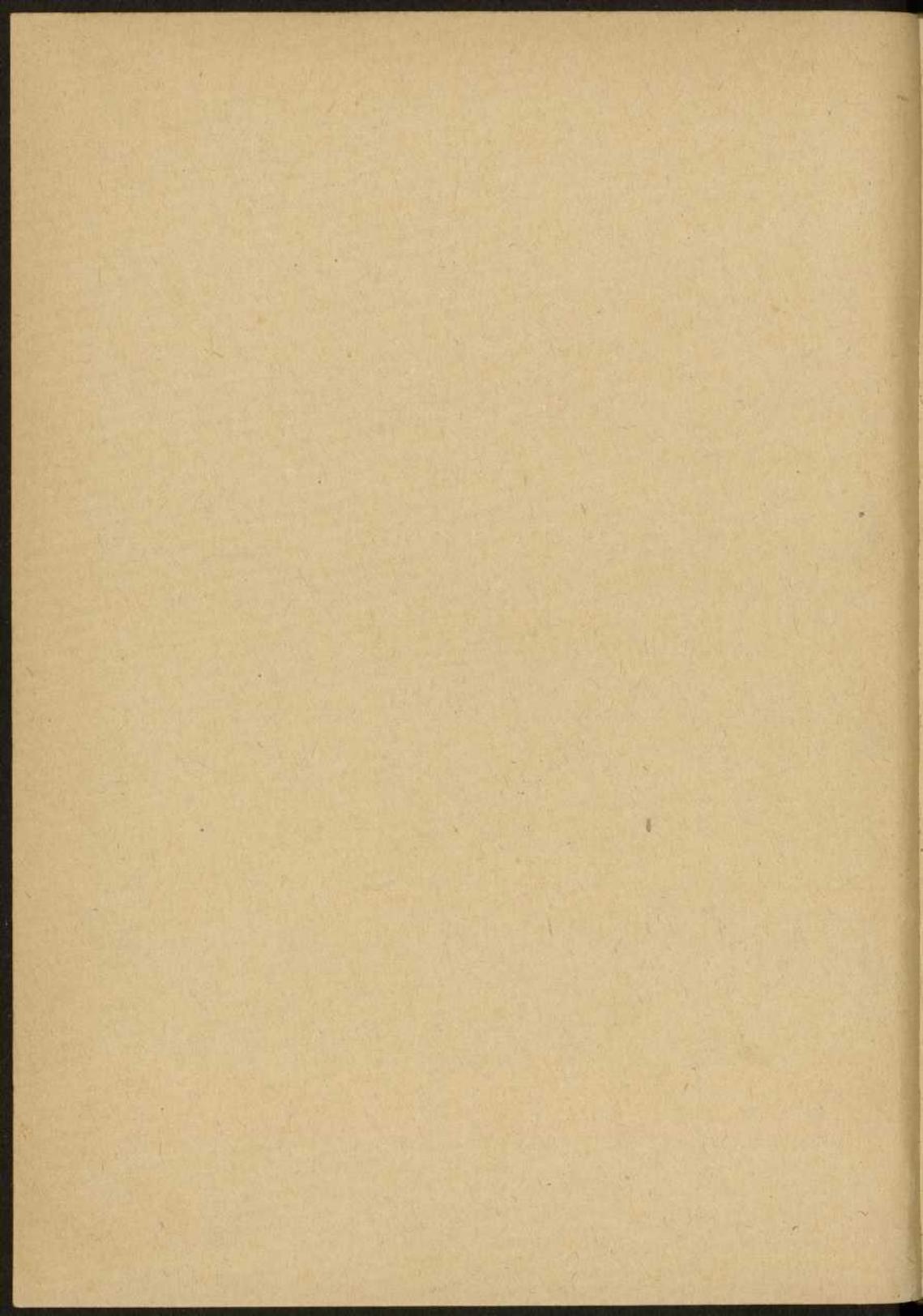
POR CASTILLA Y POR LEÓN...



LIBROS DE EPOPEYA
EDITORIAL F. T. D. BARCELONA

710





POR CASTILLA Y POR LEÓN
NUEVO MUNDO HALLÓ COLÓN



M C M X X V

LIBROS DE
EPOPEYA



BARCELONA

R. 940

POR CASTILLA Y POR LEÓN
NUEVO MUNDO HALLÓ COLÓN

HISTORIA DEL DESCUBRIMIENTO
DE AMÉRICA, POR ANTONIO DE
HERRERA, CRONISTA DE INDIAS



B.P. BURGOS
N.R. _____
N.T. 117345
C.B. _____
21969

IMPRESA DEL EDITOR

E S P R O P I E D A D



E D I T O R I A L F . T . D .

INTRODUCCIÓN ❀ ❀ ❀ ❀ ❀



ANTONIO de Herrera y Tordesillas, que nació en Cuéllar, provincia de Segovia, el año de 1559 y murió en Madrid en 1625, parece haber sido uno de esos hombres de suerte envidiable, en los que el temperamento, la educación, las aficiones y las circunstancias todas de la vida, se coordinan y mancomunan para señalarles, a la vez que una vocación clara y bien determinada, el camino fácil que han de tomar para seguirla con fidelidad y lucimiento. Había nacido para cronista y tanto la carrera literaria que desde jovencito siguió aquí en España, como la que luego completó en Italia, le dió base y preparación adecuadísima para lograrlo. A su vuelta de la Península Itálica fué recomendado para tal cargo de cronista, al Rey Felipe II, el cual le probó detenidamente y convencido de su talento y de sus disposiciones excepcionales, le nombró Cronista Mayor de América y a la vez le puso en la lista de los Cronistas de Castilla con la remuneración espléndida y extraordinaria que aquel Rey gustaba de señalar a los hombres de mérito sobresaliente. Ambos cargos desempeñó durante el reinado de los tres Felipes, adquiriendo renombre mundial. ❀ ❀

Abriéronle todos los archivos y tuvo a su disposición las relaciones y los papeles originales de navegantes y conquistadores pero entendió que su misión de cronista no le obligaba a entre-

❀ I ❀

❀ tenerse

tenerse compulsando datos y aquilatando aseveraciones, por lo que sobre las mismas crónicas anteriores tejió la suya mejorándolas empero como buen copilador metódico y elegante. Es su prosa en efecto, sencilla y fácil a la vez que de notoria energía y nobleza, cualidades por las cuales es su lectura tan agradable aún hoy día y por las que nos hemos decidido a tomar de él la relación del descubrimiento del Nuevo Mundo. Tal como él la escribió forma unos capítulos de la famosa «Historia General de los Hechos de los Castellanos en las Islas y Tierra Firme del mar océano» impresa en 1601 y que en decir de Menéndez y Pelayo quizá no ha sido superada hasta el presente como obra de conjunto e historia general de la América Española. Nos ha parecido bueno poner como título de estas páginas el famoso dístico que figura en las armas del Almirante descubridor.

❧ ❧

«Por Castilla y por León

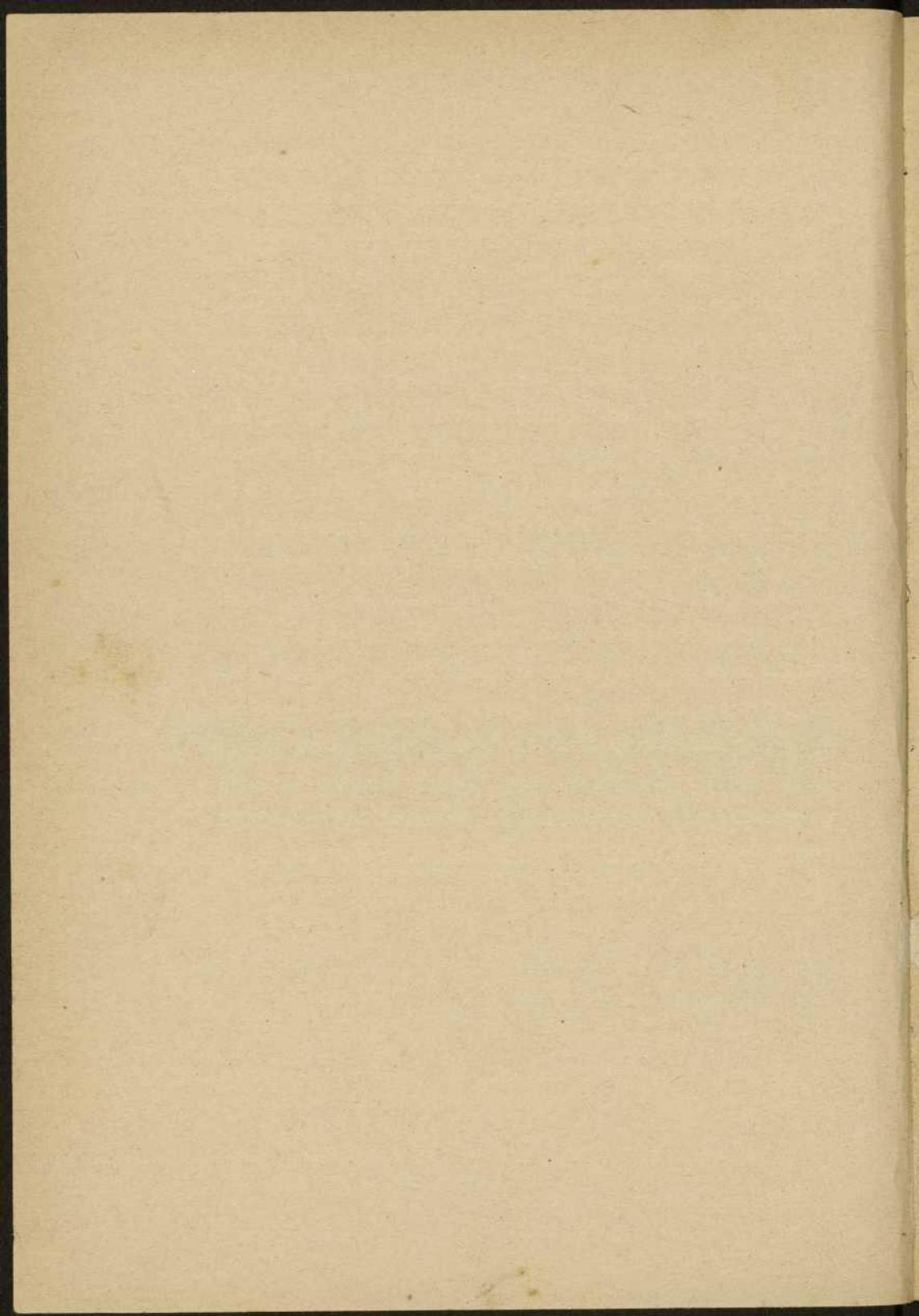
Nuevo Mundo Halló Colón»

que sin quitarle gloria, da la merecida a España cuyos reyes, marinos, frailes y soldados contribuyeron a la empresa tan denodadamente, con tan levantado espíritu y amplitud de miras ❧ como no hay ejemplo en la historia de la Humanidad. ❧ Para entender bien este portentoso alarde de nuestra raza hay que considerarle como "continuación de la epopeya de la reconquista española, coronamiento espléndido de una guerra prolongada a través de siete siglos, teatro nuevo abierto por la ❧ II ❧

❧ Providencia

Providencia a la actividad de una raza heróica e indomable que, después de arrojar la barbarie de la Media Luna a los arenales de Africa, iba a plantar la cruz en un mundo desconocido", y estudiando el momento histórico en que se realizó "no es extraño que tardase tanto Colón en conseguir lo que anhelaba; antes sorprende y pasma que hallase como halló tantos valedores si no se tiene en cuenta el despejado espíritu, el ánimo valiente y la noble ambición de los españoles de aquella era. El apoyo, que al piloto genovés dieron Luis de Santángel, Fray Diego de Deza, Juan Cabrero, el gran cardenal Mendoza, los Padres de la Rábida y los Pinzones, sin disminuir en nada la gloria de la Reina Católica por su fe y por su inspirada confianza concurren a demostrar que España era digna de llevar a ensanchar los límites del mundo conocido y a completar para el hombre abriendo vías nunca holladas y explorando inmenso campo fértil y virgen" realizando en fin tales proezas que ya en 1552 escribía el presbítero y famoso historiador Francisco López de Gómara que "la mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo crió, es el descubrimiento de las Indias o Nuevo Mundo".





CAPÍTULO I.-DE LA VENIDA A ESPAÑA DEL
ALMIRANTE DON CRISTÓBAL COLÓN, Y A
QUIÉN PROPONE LA EMPRESA DEL DESCU-
BRIMIENTO. * * * * *

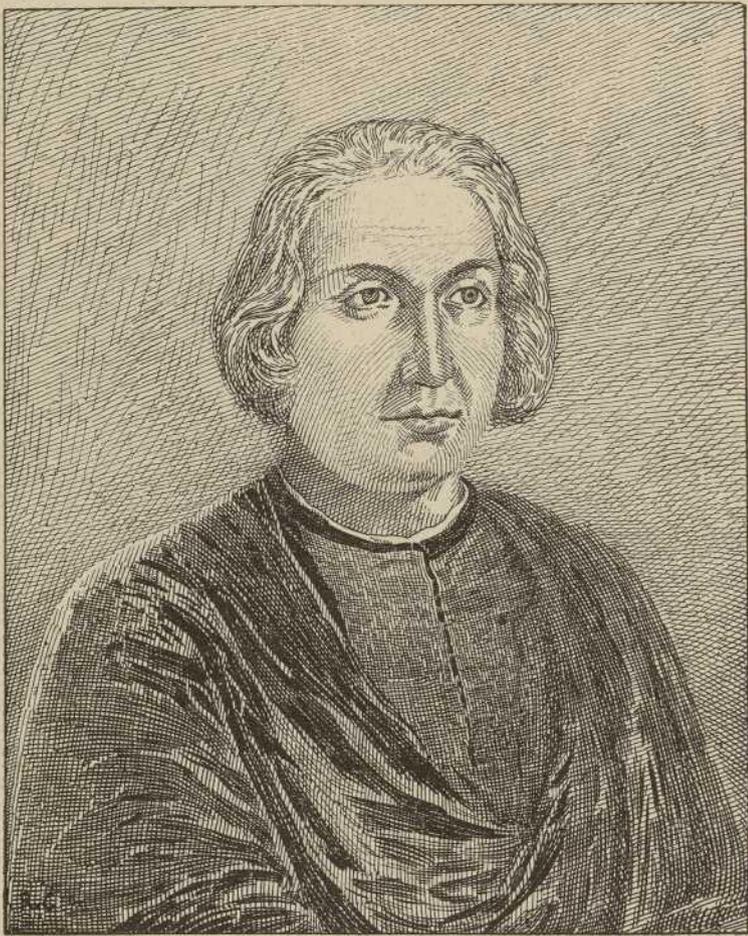
RISTÓBAL Colombo a quien por más
cómoda pronunciación dijeron Colón,
nacido en la ciudad de Génova, vino a
España y particularmente a Portugal, siendo bien
mozo, con el fin que los otros hombres a buscar me-
jor ventura. Casó con doña Felipa Muñiz de Peres-
trelo, y hubo en ella a don Diego Colón, y después en
doña Beatriz Enríquez natural de Córdoba, a don
Fernando, caballero de gran virtud y letras, teniendo
por cierto el discurso en que mucho tiempo anduvo
pensando, de que había nuevas tierras, determinó de
publicarle, pero conociendo que tal empresa era con-
veniente a grandes príncipes, la propuso, a la señoría
de Génova, que la tuvo por sueño, y luego al rey don
Juan segundo de Portugal, y aunque le oyó bien, co-
mo andaba ocupado en el descubrimiento de la cos-
ta de África del mar Océano, no le pareció emprender
tantas cosas juntas, pero todavía lo cometió al doctor

* 1 *

* de

de Calzadilla, que se llamaba don Diego Ortiz, obispo de Ceuta, que era castellano, natural de Calzadilla en el maestrazgo de Santiago y a maestre Rodrigo y maestre Jusepe, judíos médicos a quien él daba crédito en cosas de descubrimientos y cosmografía, y aunque afirmaron que les pareció negocio fabuloso, habiendo oído a don Cristóbal Colón, y entendidas sus razones, las derrotas, rumbos y caminos que pensaba llevar, no menospreciando el negocio, le aconsejaron que enviase una carabela, so color que iba a Cabo Verde para que por la derrota que decía don Cristóbal procurase descubrir aquel secreto, pero habiendo arado muchos días la mar y padecido grandes tormentas, volvió sin hallar nada burlándose del discurso de don Cristóbal Colón, a quien ciertamente no se encubrió esta diligencia. ❀ ❀

Este caso dió mucho sentimiento a don Cristóbal, y aborreció tanto las cosas de Portugal, que hallándose sin su mujer porque era fallecida, determinó de irse a Castilla, y porque no le aconteciese lo de Portugal, acordó de enviar a su hermano don Bartolomé Colón en el mismo tiempo a Inglaterra, adonde reinaba En-



C R I S T Ó B A L C O L Ó N

rique séptimo. Tardó mucho tiempo en el camino, porque fué preso de corsarios, y allá se detuvo también hasta conocer los humores de la Corte y modos



de negociar.



CAPÍTULO II.-DEL ACOGIMIENTO QUE HALLA EN LA CORTE, CRISTÓBAL COLÓN Y RAZONES QUE CONTRA ÉL ALLEGAN. * *



ALIÓ secretamente de Portugal por mar, don Cristóbal Colón con propósito de proponer el negocio a los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel, el año de mil cuatrocientos ochenta y cuatro porque sabía que conociendo el Rey que el discurso de don Cristóbal tenía fundamento, y que los de la carabela no habían hecho la diligencia que quisiera, quería volver nuevamente al tra-



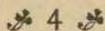
to de la empresa.



Aportó a Palos de Moguer, desde donde se fué a la Corte que se hallaba en Córdoba, dejando a su hijo en el monasterio de la Rábida, media legua de Palos, encomendando a fray Juan Pérez de Marchena, guardián de aquella casa, algo consagrado y docto en le-



tras humanas.



En Córdoba, comenzó a tratar su negocio, y en quien más acogimiento halló fué en Alonso Quintanilla, con tador mayor de Castilla, hombre prudente y que tenía gusto en cosas grandes, y por parecerle persona de estimación le daba de comer, porque de otra manera no se pudiera entretener tanto tiempo en tan larga demanda y tanto se porfió en ello, que dando oídos los Reyes Católicos al caso, lo cometieron a fray Fernando de Talavera de la orden de san Jerónimo, prior de Prado, confesor de la Reina, que fué después el primer arzobispo de Granada, hizo junta de cosmógrafos que confirieron en ello, pero como entonces no había en Castilla muchos de esta profesión, ni de los mejores del mundo, ni don Cristóbal enteramente se daba a entender, porque no le sucediese lo de Portugal, fué la resolución muy diferente de lo que esperaba, porque unos decían que pues en tantos años después de la creación del mundo, tan sabios hombres de las cosas del mar no habían tenido noticias de aquellas tierras que don Cristóbal Colón persuadía que se hallarían, no se había de presumir que supiese más que

✻ ✻ ✻

todos.

✻ ✻ ✻

✻ 5 ✻

✻ Otros

Otros que se allegaban más a las razones de cosmografía decían que el mundo era de tanta grandeza, que no podían bastar tres años de navegación para llegar al último del Oriente, para donde decía don Cristóbal que quería navegar, y para confirmación de ello alegaban que Séneca decía por vía de disputa, que muchos hombres prudentes no se conformaban en la cuestión si el Océano era infinito, y dudaban de si se podría navegar, y cuando fuese navegable, si de la otra parte se hallaba tierra habitada, y si se podría ir a ella. Decían también que ninguna parte de esta esfera inferior de agua y tierra era habitada sino una corona o cinta pequeña, que quedó en nuestro hemisferio sobre el agua y que todo lo demás era mar, y que cuando todavía fuese así que se pudiese llegar al fin de Oriente, también se concedería que desde Castilla se

✻ podría ir a lo postrero de Occidente. ✻

CAPÍTULO III.-QUE DON CRISTÓBAL COLÓN
TRATA CON OTROS PRÍNCIPES ✻ ✻ ✻ ✻



OTROS decían que si don Cristóbal caminase directamente a Occidente no podría volver a Castilla, por la redondez de la es-

fera, porque cualquiera que saliese del hemisferio conocido por Ptolomeo, bajaría tanto que sería imposible volver, porque sería como subir por una montaña



arriba.



Por mucho que don Cristóbal satisfacía a estas razones, no era entendido, por lo cual los de la junta juzgaron la empresa por vana e imposible, y que no convenía a la majestad de tan grandes príncipes determinarse con tan flaca información.

Después de mucho tiempo mandaron los Reyes Católicos que se respondiese a don Cristóbal, que por hallarse ocupados en muchas guerras y en particular en la conquista de Granada, no podían emprender nuevos gastos, que acabado aquello mandarían examinar mejor su pretensión, y le despidieron.

Con la respuesta diferida, se fué don Cristóbal Colón a Sevilla con mucha tristeza y desconsuelo, después de haber andado cinco años en la Corte sin fruto, hizo proponer el negocio al duque de Medina Sidonia y algunos quieren que también al de Medinaceli, y como también le desecharon, escribió al rey de Francia con intención de pasar a Inglaterra a buscar a su her-

dó enviar a don Cristóbal veinte mil maravedís en florines con Diego Prieto, vecino de Palos, para que fuese a la Corte, y con su llegada se volvió a tratar del negocio; pero como el parecer del prior de Prado con el de otros que le seguían era contrario, y don Cristóbal pedía grandes condiciones, y entre otras, que se le diese título de almirante y visorey, les parecía mucho lo que quería si la empresa sucedía bien, y si no juzgaban por ligereza el concederlo. ❀

La plática totalmente se desbarató, y don Cristóbal se determinó de ir a Córdoba para hacer el viaje de Francia, porque a Portugal en ninguna manera quería volver. Alonso de Quintanilla y Luis de San Ángel, escribano de raciones de la corona de Aragón, sentían mucho que esta empresa no tuviese efecto, y a instancia de fray Juan Pérez y de Alonso de Quintanilla, el cardenal don Pedro González de Mendoza había oído a don Cristóbal, y pareciéndole hombre grave le estimaba, y como los contrarios decían que como no aventuraba de su parte nada en el descubrimiento, sino que venía a verse capitán general de una armada de los Reyes Católicos, no se le daría nada de

no salir con la empresa, satisfizo con ofrecer que pondría la octava parte del gasto como se le pagase, y más la rata de lo que trajese en el retorno de la navegación, y con esto no se hizo nada, y por Enero del año de mil cuatrocientos noventa y dos se partió de Santa Fe la vuelta de Córdoba muy angustiado, quedando ya la ciudad de Granada en poder de los Reyes Católicos.

CAPÍTULO IV. - QUE LA REINA DOÑA ISABEL ADMITE LA EMPRESA DE COLÓN

EL mismo día dijo Luis de San Ángel a la Reina, que se maravillaba, que habiendo tenido siempre doblado ánimo para grandes cosas le faltase en esta ocasión, adonde tan poco se aventuraba de perder, y de acrecentar tanto, porque si el negocio sucedía a caer en manos de otro príncipe, como don Cristóbal afirmaba que había de ser, no lo queriendo aceptar en Castilla, podía considerar el perjuicio que de ello se seguiría a su corona; y pues que don Cristóbal parecía hombre cuerdo y no pedía premio sino de lo que hallase, y concurría con parte del gasto, aventurando su persona, ni se debía

de tener por tan imposible como los cosmógrafos decían, ni atribuir a ligereza haber intentado tan gran cosa, cuando bien sucediese vana, pues era de grandes príncipes y generosos saber las grandezas y secretos del mundo, con que otros reyes ganaron eterna fama, demás de que don Cristóbal no pedía sino un cuento de maravedís para ponerse en orden; que por tanto la suplicaba, que el miedo de tan poco gasto no ❀ hiciese desamparar tan grande empresa. ❀

La Reina porque se veía importunar en la misma conformidad de Alonso de Quintanilla que con ella tenía autoridad, se lo agradeció el consejo, y dijo que le aceptaba, con que se aguardase a que se alentase algo de los gastos de la guerra, y que si todavía parecía que se efectuase luego, tenía por bien que sobre algunas joyas de su cámara, se buscase prestado el dinero ❀ que fuese menester. ❀

Quintanilla y San Ángel la besaron las manos, porque por consejo suyo hubiese determinado de hacer lo que por el de tantos había rehusado, y Luis de San Ángel ofreció de prestar de su hacienda la cantidad necesaria. Con esta resolución mandó la Reina que

fuese un alguacil de la Corte por la posta, tras don Cristóbal Colón, y de su parte le dijese que le mandaba tornar, y le trajese, el cual le alcanzó a dos leguas de Granada en la puente de Pinos, y aunque muy sentido del poco caso que de él se había hecho, volvió a Santa Fe, adonde fué bien recibido, y luego se comietieron sus capitulaciones y despacho al secretario Coloma, después de ocho años que anduvo persuadiendo la empresa, y padeciendo muchos descubrimientos

✧ y descomodidades. ✧

CAPÍTULO V. - DE LO QUE LOS REYES CATÓLICOS CAPITULARON CON DON CRISTÓBAL COLÓN ✧ ✧ ✧ ✧ ✧ ✧ ✧ ✧ ✧ ✧

DESPUÉS de haber conferido entre don Cristóbal y el secretario Coloma, sobre las condiciones que desde el principio había pedido, se concertaron las capitulaciones siguientes, a diez y siete de Abril del año de mil cuatrocientos noventa y dos.

✧ ✧ ✧ ✧ ✧ ✧ ✧ ✧ ✧ ✧

Primeramente que sus Altezas, como señores de los mares océanos, hacen desde ahora a don Cristóbal Colón su almirante en todas aquellas islas y tierras

firmes, que por su mano e industria se descubrirán o ganarán en las dichas mares Océanas para durante su vida, y después de muerto, a sus herederos y sucesores de uno en otro perpetuamente, con todas aquellas preeminencias y prerrogativas pertenecientes a tal oficio, y según que don Alonso Enríquez su almirante mayor de Castilla y los otros predecesores en el dicho
✱ oficio, lo tenían en sus distritos. ✱

Otrosí, que sus Altezas hacen al dicho don Cristóbal su visorey y gobernador general en todas las islas y tierras firmes, que como dicho es, él descubriere o ganare en las dichas mares, y que para el regimiento de cada una o cualquier de ellas, haga elección de tres personas para cada oficio, y que sus Altezas tomen y escojan uno, el que más fuere su servicio, y así serán mejor regimentadas las tierras que nuestro Señor le
✱ dejara hallar o ganar a servicio de sus Altezas. ✱

Item, que todas y cualesquier mercaderías, siquiera sean perlas, piedras preciosas, oro, plata, especerías u otras cualesquier cosas, o mercaderías de cualquier especie, nombre o manera que sean, que se comprasen, trocasen, hallasen, ganasen o hubiesen dentro de



FERNANDO V. EL CATÓLICO



ISABEL I^a LA CATÓLICA

los límites del dicho almirantazgo, que desde ahora sus Altezas hacen merced al dicho don Cristóbal, y quieren que haya y lleve para sí la décima parte de todo ello, quitadas las costas que se hicieren en ello; por manera, que de lo que quedare limpio y libre, haya y tome la décima parte para sí mismo, y haga de ella a toda su voluntad, quedando las otras nueve partes
❖ ❖ para sus Altezas. ❖ ❖

Otrosí, a causa de las mercaderías que él trajere de las dichas islas y tierras que así, como dicho es, se ganaren o descubrieren, o de las que en trueque de aquella se tomaren acá de otros mercaderes, naciere pleito alguno en el lugar adonde el dicho comercio e trato se tendrá e hará, que si por la preeminencia de su oficio de almirante le pertenecerá conocer de tal pleito, plega a sus Altezas, que él o su teniente, y no otro juez, conozca de tal pleito, si pertenece al dicho oficio de almirante, según que lo tenía el almirante don Alonso Enríquez, o los otros sus antecesores en sus distritos,
❖ ❖ y siendo justo. ❖ ❖

Item, que todos los navíos que se armaren para el dicho trato y negociación, cada y cuando, y cuantas ve-
❖ 16 ❖ ces

ces se armaren, pueda el dicho don Cristóbal Colón,
si quiere, contribuir en pagar la octava parte de todo
lo que se gastare en el armazón, y que también haya
y lleve del provecho la octava parte de lo que resulta-
re de la tal armada.

Otorgáronse los dichos capítulos en la villa de San-
ta Fe de la Vega de Granada, con el cual despacho, y
con el dinero sobredicho, partió don Cristóbal Co-
lón de Granada a doce de Mayo, y dejando sus hi-
jos estudiando en Córdoba, se fué a la villa de Palos
para hacer el viaje, quedando en los menos de la Cor-
te la esperanza de que había de cumplir con lo pro-
metido.

Ordenáronle precisamente los Reyes Católicos que no
tocase en la mina de Guinea, ni se allegase con cien
leguas a las conquistas de Portugal. Diéronle sus car-
tas patentes para todos los reyes y príncipes del mun-
do, para que le hiciesen toda honra y buen acogimien-
to, como a capitán y ministro suyo. Fué a Palos, por
que había en aquel puerto buena gente de mar y tenía
muchos amigos, y por la amistad del guardián fray
Juan Pérez de Marchena, que le ayudó mucho en su
despacho

despacho, disponiendo los ánimos de los marineros
✻ que dudaban de entrar en viaje no conocido. ✻

Llevó asimismo orden que aquella villa le diese dos carabelas, con que estaba obligada a servir a la corona tres meses de cada año; armó otra nave capitana que llamó Santa María. La segunda se dijo la Pinta, y de ella fué por capitán Martín Alonso Pinzón y por maestre Francisco Martínez Pinzón su hermano, y la tercera, la Niña, que llevaba velas latinas, cuyo capitán y maestre fué Vicente Yáñez Pinzón, que ayudó mucho en este despacho, y puso medio cuento de maravéis por la octava parte del gasto. ✻

Se valió de los Pinzones, porque en aquella villa eran principales y ricos, y hombres diestros en la mar, y toda la gente viendo que aceptaban la jornada, se dispuso de ir a ella. ✻ ✻

Proveídas las naves por un año, con noventa hombres que en ellas se embarcaron, la mayor parte naturales de Palos, porque iban algunos amigos de don Cristóbal y otros criados del Rey. Hicieron vela viernes a tres de Agosto de este año, media hora antes de salir el sol, y salieron de la Barra de Saltes, que así se

llama el río de Palos, la vuelta de las Canarias, habiéndose todos, con el ejemplo de don Cristóbal Colón

✻ ✻ ✻ confesado y comulgado. ✻ ✻ ✻

CAPÍTULO VI.-SALE DON CRISTÓBAL PARA SU VIAJE. ✻ ✻ ✻ ✻ ✻ ✻ ✻ ✻ ✻ ✻ ✻ ✻

Y prosiguiendo pues su viaje, a los cuatro de Agosto se soltó el timón a la carabela Pinta, adonde iba Martín Alonso Pinzón, y según se sospechó, por industria de Gómez Rascón y Cristóbal Quintero, marineros cuya era la carabela, porque de mala gana iban en el viaje, y así lo intentaron otra vez desviar antes de la partida; convino por esto amainar, y el almirante se acercó —aunque no la pudo socorrer— porque es costumbre de los generales de mar, para dar ánimo a los que están en trabajo, hacerlo así, pero como Martín Alonso Pinzón era hombre práctico, el timón se amarró con cuerdas, de manera que pudieron navegar hasta el martes siguiente, que por la fuerza del viento se volvió a romper, y hubieron de amainar todos. ✻

Habiendo remediado el timón lo mejor que pudieron, a los once de Agosto al amanecer descubrieron las

Canarias, y no pudiendo tomar tierra en la Gran Canaria en dos días, por el viento contrario, ordenó a Martín Alonso, que en pudiendo tomar tierra buscasse otro navío, y con los otros se fué a la isla de la Gomera para procurar lo mismo, y no hallando recado, volvió a la Gran Canaria y determinó de mandar hacer un timón a la Pinta, y mudar las velas de latinas en redondas a la Niña, para que con más quietud y menos peligro siguiese los otros navíos. A primero de Septiembre por la tarde se partió, y en llegando a la Gomera, en cuatro días se hizo carne, agua y leña con mucha diligencia, sabiendo que por aquellas islas andaban tres carabelas portuguesas de armada para prenderle.

CAPÍTULO VII. - PIERDEN LA TIERRA DE LAS CANARIAS Y COMIENZAN LAS AGUJAS A NORUESTEAR. ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

EL jueves a los seis, que se puede contar por principio de la empresa, salió la vuelta del Occidente, y por el poco viento y muchas calmas navegó poco, pero otro día perdieron la tierra de vista, y muchos temiendo que no la verían

más, suspiraron y lloraron, pero don Cristóbal los animaba y consolaba con largas esperanzas de riqueza y buena dicha. A aquel día caminaron diez y ocho leguas, pero el almirante industriosamente no contó más de quince, porque le parecía que para tener la gente en menos temor, convenía disminuir el viaje. A los once de Septiembre, a ciento y cincuenta leguas de la isla del Hierro, se vió un trozo de árbol de nave que pareció haber sido llevado de la corriente, y en el mismo paraje más adelante, las corrientes eran muy grandes hacia el Norte, y cincuenta leguas más hacia el Poniente, a catorce de Septiembre, vió que a prima noche el aguja noruesteaba por media cuarta, y que hacía lo mismo al alba, poco más de otra media, de donde conoció que la aguja no iba a herir la estrella que llaman Norte, sino otro punto fijo e invisible; y noruestear, es tanto como decir que no está la flor de lis que señala el Norte, derecha hacia él, sino

* se acosta a la mano izquierda. *

Esta variedad hasta entonces no fué jamás vista de ninguno, de que se maravilló mucho, y mucho más el tercero día que había navegado cien leguas más

por el mismo paraje, porque las agujas a prima noche noruesteaban ya con la cuarta, y a la mañana volvían a herir en la misma estrella. Y el sábado a quince de Septiembre, hallándose casi trescientas leguas hacia el Occidente, apartado de la isla del Hierro ya de noche, se vió caer en la mar una llama de fuego a cuatro o cinco leguas de los navíos, la vuelta del sudoeste con bonanza y la mar sosegada, y las corrientes de continuo hacia el nordeste, y la gente de la carabela Niña dijo que el día antes había visto un pájaro, dicho, rabo de junco, de que se maravillaron por ser el primero, y es ave, según dicen, que no se aparta de la tierra. ❀ ❀

El siguiente día, que fué domingo, se espantaron más de ver manchas de yerba entre verde y amarilla, en la superficie del agua, que parecía que frescamente se había despegado de alguna isla o peñas, y muchas más vieron el lunes, de lo cual muchos comprendían que se hallaban cerca de tierra. Se confirmaban en ello, porque vieron una langosta pequeña viva en la yerba, pero otros pensaban que fuesen peñas o tierras anegadas, y temiendo murmuraban del

viaje. Notaron también que el agua de la mar era la mitad menos salada que la pasada, y aquella noche vieron muchos atunes, siguiendo de tan cerca a los navíos que los de la carabela Niña mataron uno con un garfio, y hallaban ya las mañanas aires tan templados, que daban gran placer y gusto, y era el tiempo como en la Andalucía por Abril, y hallándose a trescientas y sesenta leguas por el Oeste de la isla del Hierro, vieron otro rabo de junco. El martes a diez y ocho de Septiembre, Martín Alonso Pinzón, que había pasado adelante con la carabela Pinta que era muy velera, esperó al almirante, y dijo que había visto multitud de pájaros que iban hacia poniente, por lo cual pensaba descubrir tierra aquella noche, y hallarla hacia el Norte, quince leguas de allí, y aun se figuraba que la había visto, pero como el almirante juzgaba que no lo era, no quiso perder tiempo en ir a reconocer, aunque todos lo deseaban, porque no le parecía que estaba en el sitio adonde por sus indicios entendía que la había de descubrir. ❀

Aquella noche refrescó el viento, habiendo once días que no se habían amainado las velas un palmo, na-

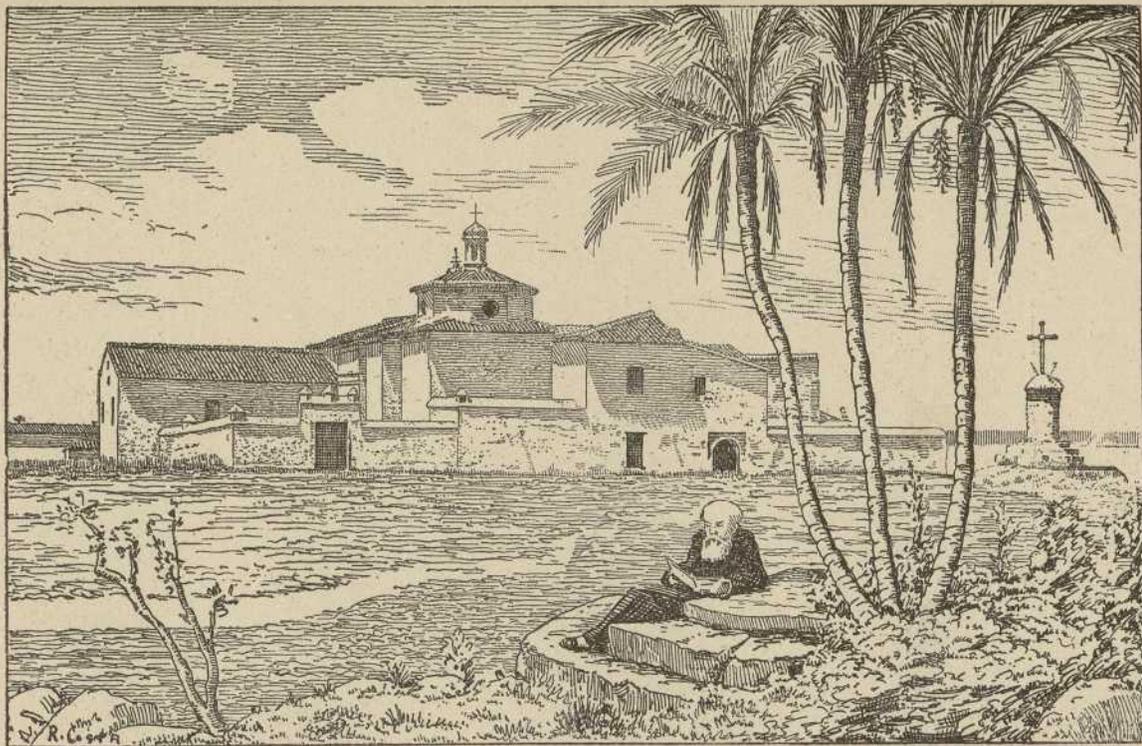
vegando siempre con el viento en popa al poniente, yendo siempre el almirante escribiendo los sucesos de punto en punto, notando los vientos que corrían, el viaje que se hacía, los pescados y aves que se veían y todas las señales, llevando delante el astrolabio, y

✻ ✻ la sonda en la mano. ✻ ✻

CAPÍTULO VIII.-QUE CONTINUANDO LA NAVIGACIÓN SIN ENCONTRAR TIERRA HABLA LA GENTE DE VOLVER A CASTILLA. ✻ ✻

OMO toda la gente era nueva en tal navegación, y se hallaba sin esperanza de remedio ni de socorro, murmuraban viendo sino agua y cielo en tantos días, y con atención iban todos notando cualquier señal que veían, como hombres que en efecto eran los que entonces más lejos se hallaban de tierra de cuantos jamás en el mundo habían navegado.

A los diez y nueve de Septiembre fué a la nave de don Cristóbal un alcatraz, y otros llegaron a la tarde, que les daban algunas esperanzas de tierra, porque juzgaban que aquellos pájaros no se habían apartado mucho de ella; y con esta esperanza, con calma



VISTA DEL CONVENTO DE LA RÁBIDA

sondaron con doscientas brazas de cuerda, y aunque no hallaron fondo conocieron que las corrientes iban al sudoeste. Y jueves, a los veinte, y dos horas antes de medio día vieron otros dos alcatraces junto a la capitana, y desde a un rato tomaron un pájaro con una mancha blanca en la cabeza, los pies semejantes a los de ánade, y a bordo mataron un pescado pequeño, y vieron mucha yerba como la pasada, y pasando los navíos, por ella perdieron el temor, y otro día al alba fueron a la nave capitana otros tres pajarillos de tierra cantando, y al salir del sol se fueron, conque se consoló algo la gente, pareciendo que las otras aves marinas se podían más fácilmente apartar de tierra, pero que los pajarillos no podían ir de tan lejos. Desde a poco se vió otro alcatraz que venía de oesnorueste, y el día siguiente en la tarde vieron otro rabo de junco y un alcatraz, y descubrieron más yerba hacia la parte del Norte, y esto les daba algún consuelo creyendo que procedía de tierra que estaba cerca. Esta yerba también les desconsolaba, porque había manchas tan espesas que detenía algo los navíos, y por esto se apartaban de ella cuanto podían.

El día siguiente vieron una ballena, y a veinte y dos de Septiembre vieron algunos pájaros, y en aquellos tres días corrieron vientos sudoestes, y aunque eran contrarios dijo el almirante que eran buenos, porque como la gente murmuraba no queriendo obedecer, y decía entre otras cosas, que pues en tanta distancia habían siempre llevado viento en popa, con dificultad podrían volver a Castilla, porque aunque alguna vez lo habían tenido contrario era poco y no firme, aunque el almirante replicaba que aquello procedía de hallarse cerca de tierra y daba para ello algunas razones, tuvo necesidad del ayuda de Dios, porque el rumor crecía y la gente se alteraba y le iba perdiendo el respeto, hablando contra el Rey porque hubiese ordenado aquella jornada, y casi todos se conformaban en no proseguirla, pero el almirante se gobernaba unas veces dando ánimo a la gente y prometiendo el breve y buen fin del viaje, y otras amenazando con la autoridad real, pero quiso Dios que a los veinte y tres se levantó un viento oesnorueste con la mar algo desasosegada, conforme al deseo de todos, y tres horas antes de medio día se vió volar

una tórtola sobre la capitana, y a la tarde un alca-
traz y otros pájaros blancos, y en la yerba hallaban
langostillas, y el siguiente día pareció otro alcatraz
y tórtolas que venían de hacia poniente, y algunos
pescadillos pequeños que mataban con garfios por-
que no picaban en el anzuelo. Mientras más vanas
sucedió las sobredichas señales, tanto más se acre-
centaba el miedo de la gente, y tomaban ocasión de
✽ murmurar haciendo corrillos en los navíos. ✽

CAPÍTULO IX. -- PRUDENCIA Y ARTIFICIO
DEL ALMIRANTE PARA GOBERNAR LA
GENTE ✽ ✽ ✽ ✽ ✽ ✽ ✽ ✽ ✽ ✽ ✽

DE esta manera iba continuando de día en
día el motín y la mala intención de la gen-
te, lo cual tenía a don Cristóbal en mucha
suspensión de ánimo, pero a veces con buenas pala-
bras y otras advirtiéndolo del castigo que se les daría si
le impidiesen el viaje, templaba con el miedo la inso-
lencia, y para confirmación de la esperanza que daba
de acabar bien el viaje acordaba a menudo las mues-
tras y señales referidas, prometiendo que presto ha-
llarían tierra riquísima adonde todos diesen su traba-

jo por bien empleado. Andaba la gente tan cuidadosa y afligida que cada hora le parecía un año, hasta que martes a veinte y cinco de Septiembre al poner del sol, hablando don Cristóbal con Vicente Yáñez Pinzón dijo a voces: "tierra, tierra, señor"; no se pierdan mis albricias, y mostró a la vuelta del sudoeste un cuerpo que parecía isla a veinte y cinco leguas de los navíos: esta, que se juzgó por invención concertada entre los dos, alegró tanto la gente que daban gracias a Dios, y el almirante hasta que anocheció dió a entender que creía que era así, y navegó gran rato de la noche hacia * aquella parte por dar contento a la gente. *

A la mañana siguiente todos echaron de ver que eran nublados que muchas veces parecen tierra y con gran despecho de la mayor parte volvieron a continuar la navegación a poniente, la cual llevaron mientras que no se lo impidió el viento, y volviendo a las señales, vieron un alcatraz y un rabo de junco y otros pájaros, y el jueves de mañana vieron otro alcatraz que venía de poniente la vuelta de levante, y se descubrieron muchos pescados dorados que mataban con garfios, y pasó muy cerca de un navío un rabo de junco, y co-

nocieron que las corrientes ya no iban tan recogidas como antes, sino que volvían atrás con las mareas, y la yerba era menos. El viernes siguiente tomaron mucho pescado dorado, el sábado vieron un rabo de junco, que es pájaro marino que nunca reposa y va persiguiendo los alcatraces, de los que hay muchos en
✻ las islas de Cabo Verde. ✻

Poco después parecieron dos alcatraces y muchos pescados que llamaron golondrinos, del tamaño de un palmo, que con dos alillas vuelan alguna vez un tiro de arcabuz, levantados del agua cuanto una lanza, y alguna vez caían en los navíos, y después de medio día toparon mucha yerba en hilo hacia Norte Sur y tres alcatraces y un rabo de junco que los daba caza, creyendo siempre que la yerba fuese señal de haber tierra cerca debajo del agua, y que iban perdidos. Llegaron el domingo a la capitana cuatro rabos de junco, y por haber ido juntos juzgaban que se hallaban cerca de tierra, y también porque hallaron otros cuatro alcatraces y vieron mucha yerba en hilo hacia oesnoru-este al esoeste, y muchos pescados emperadores que tienen el cuero muy duro y no son buenos de comer.

Y aunque el almirante consideraba todas estas señales, no olvidándose de las del cielo, notó en aquel paraje que de noche estaban las guardas juntamente en el brazo del occidente, y que cuando llegaba el día se hallaba en la línea debajo del brazo al nordeste, de lo cual comprendía que en toda la noche no caminaban más de tres líneas, que son nueve horas, y esto hallaba cada noche. Halló asimismo que a prima noche noruesteaban las agujas una cuarta entera, y cuando amanecía se juntaban con la estrella, de lo cual los pilotos recibían gran pena y confusión, hasta que les dijo que la causa de ello era el círculo que hace la estrella del Norte rodeando el polo, y esta advertencia les dió algún consuelo, ya que por estas variaciones temían de peligro por tan gran distancia de tierra. ✧

CAPÍTULO X. - QUE LA GENTE SE VOLVÍA A AMOTINAR, Y EL ALMIRANTE PROSIGUE EL VIAJE, Y SEÑALES QUE SE VEÍAN ✧ ✧ ✧ ✧ ✧ ✧ ✧ ✧ ✧ ✧ ✧ ✧ ✧ ✧ ✧ ✧



UNES primero de Octubre al amanecer fué a la capitana un alcatraz, que dicen que es un ave como alcaraván, y otras

dos, a tres horas antes de medio día, y la yerba venía ya del este u oeste, creyendo algunos que habían de llegar a parte que la tierra estuviese tan cerca de ella, que los navíos encallasen y se perdiesen, y el mismo día de mañana dijo el piloto a don Cristóbal que se hallaban a poniente lejos de la isla del Hierro quinientas ochenta y ocho leguas.

Dijo don Cristóbal que a su cuenta eran quinientas ochenta y cuatro, pero en su ánimo y verdadera cuenta eran setecientos siete. El piloto de la carabela Niña, el miércoles siguiente en la tarde, dijo que hallaba haber navegado seiscientos cincuenta leguas, y el de la Pinta seiscientos treinta y cuatro, en que se engañaban, porque siempre tuvieron viento en popa, pero don Cristóbal iba disimulando porque la gente viéndose tan lejos no desmayase, pues hasta entonces el mayor golfo que se navegaba no pasaba de ciento veinte leguas.

A dos del dicho mataron un atún, y vieron mucho pescado y un pájaro blanco y muchos pardillos, y la yerba era muy vieja y casi convertida en polvo, y porque a los tres no vieron pájaros temieron que por algún

gún lado habían dejado alguna isla, juzgando que los muchos pájaros que hasta entonces habían visto iban de una isla a otra, y deseando la gente cargar a una mano o a otra para buscar aquellas tierras no pareció a don Cristóbal perder el buen tiempo que le favorecía, con que navegaba derechamente a poniente, que era lo que más él deseaba, y porque le parecía que perdería el crédito y reputación de su viaje si le veían ir navegando a tiento de una parte a otra buscando lo que siempre afirmaba que sabía. Esto fué causa que la gente otra vez se volviese a amotinar; de que no se maravillará quien considerare que tantos hombres guiados de uno solo, y a quien poco la mayor parte de ellos conocía, se viesen tantos días metidos en tan gran piélago, sin haber visto sino agua y cielo, y sin certidumbre de cuál había de ser el fin de tan largo viaje. Fué Dios servido de acudir con nuevas señales que algo la gente sosegaron, porque a los cuatro de Octubre después de medio día parecieron más de cuarenta gorriones y dos alcatraces que se acercaron tanto a los navíos, que un marinero mató uno con una piedra, y volaron en las naves muchos golondrinos,

con lo cual y con que a todos habló el almirante y dijo muchas razones, se sosegaron. El día siguiente se acercaron a la nave un rabo de junco y un alcatraz por
* poniente y muchos gorriones. *

Domingo a las siete pareció señal de tierra hacia poniente, y por la oscuridad ninguno se atrevía a decirlo, aunque todos lo deseaban, por ganar diez mil maravedís de renta de por vida, que los Reyes prometían al primero que descubriese tierra; y porque a cada paso no saliesen diciendo tierra por la codicia de la renta, se ordenó que el que lo dijese no quedando verificado dentro de tres días, quedase para siempre excluído de las albricias, aunque volviese a dar la nueva cierta. Los de la carabela Niña que iba muy adelante como era tan velera, teniendo por cierto que era tierra dispararon la artillería y levantaron las banderas, y mientras más navegaban iba menguando la alegría, hasta que totalmente se deshizo, y en esta angustia quiso Dios volverlos a consolar con grandes compañías de pájaros, y entre ellos muchos de tierra que de
* poniente iban hacia sudoeste. *

CAPÍTULO XI. - QUE DON CRISTÓBAL MUDA CAMINO Y POR QUÉ CAUSA * * * *

CONSIDERANDO don Cristóbal que respecto a lo que de Castilla había navegado tan pequeños pájaros no podían ir muy lejos de tierra, tuvo por cierto que se hallaba cerca, por lo cual dejó la vía del Este que llevaba y siguió la de sudoeste, diciendo que si mudaba camino lo hacía porque no se apartaba mucho de su principal viaje, y por seguir la razón y el ejemplo de los portugueses que habían descubierto la mayor parte de las islas por el indicio del vuelo de semejantes pájaros, y tanto más que los que entonces veían era hacia el mismo camino por donde siempre pensó que había de descubrir tierra, porque como bien sabían, muchas veces les había dicho que no pensaba hallarla hasta haber navegado setecientas cincuenta leguas desde Canarias a poniente, en el cual término también había dicho que hallaría la isla Española que entonces nombraba Cipango, y que sin duda la hallara si no supiera que se decía que su largura iba de Norte a Sur y que no se había vuelto al Sur por no encontrarla, y que creía

* 35 *

* que

que quedaba con otras islas a mano izquierda a cuya vuelta iban aquellos pájaros, y que por estar tan cerca de tierra parecían tantos y tan diversos, porque el lunes a ocho llegaron a la capitana hasta una docena de pajarillos de diversos colores, y habiendo andado un rato alrededor de la nave se fueron su camino y otros

✻ muchos iban camino del sudoeste. ✻

La misma noche parecieron muchos pájaros grandes y manadas de chicos que venían de la parte del Norte, viéronse muchos atunes, y la siguiente mañana un alcatraz, ánades y pajarillos que volaban por el mismo camino de los primeros, y el aire era mucho más fresco y oloroso, como se siente en Sevilla por abril: pero era tan grande el deseo de ver tierra que ya no se daba fe a ninguna señal, aunque el miércoles a los diez de noche y de día se veían volar muchos pájaros.

✻ ✻ C. XII. - QUE SE DESCUBRIÓ LA TIERRA ✻ ✻



QUISO la misericordia de Dios, que el jueves a once de Octubre de este año de mil cuatrocientos noventa y dos, después de medio día, tuviesen algún consuelo con

los indicios manifiestos que se vieron de estar cerca de tierra, porque los de la capitana vieron junto a la nave un junco verde y luego un pescado grande verde de los que andan cerca de las peñas. Los de la carabela Pinta vieron una caña y un bastón, y tomaron otro labrado artificiosamente y una tablilla, y vieron mucha yerba que de nuevo se había despegado de la ribera, y los de la Niña vieron otras semejantes señales, y un ramo de espino con su fruta que parecía recién cortado, por lo cual, y por lo que dictaba el discurso de la razón, y porque habiendo reconocido la sonda, por el color de la tierra parecía que estaban cerca de ella, lo cual confirmaba una desigualdad de viento que a la sazón corría, que se juzgaba procedía de tierra. ❀

Y teniendo don Cristóbal por cierto que se hallaba cerca de ella, en anocheciendo, acabada la Salve que los marineros usan decir cada noche, habló a todos diciendo la merced que Dios nuestro Señor les había hecho en llevarlos seguros en tan largo viaje; y que pues las señales se iban mostrando cada hora más ciertas, les rogaba que velasen toda la noche, pues sabían que en el primer capítulo de la instrucción que

les dió cuando salieron de Castilla, les decía que en habiendo caminado setecientas leguas sin hallar tierra, de media noche abajo no se hiciese viaje hasta el día y estuviesen vigilantes, porque tenía certísima confianza que aquella noche hallarían tierra, y que demás de los diez mil maravedís de renta que sus Altezas habían ofrecido al que la viese, él daría un jubón de ❀ ❀ terciopelo. ❀ ❀

Dos horas antes de media noche, estando don Cristóbal en el castillo de popa, vió lumbre, y llamó de secreto a Pedro Gutiérrez, repostero de estrado del Rey, y le dijo que la mirase, y respondió que la veía, y luego llamaron a Rodrigo Sánchez de Segovia, veedor del armada, y no la pudo divisar, y después se vió dos veces, y parecía como una candelilla que se alzaba y bajaba, y don Cristóbal no dudó que era verdadera lumbre y estar junto de tierra, y así fué, que era gente ❀ que pasaba de una casa a otra. ❀

Dos horas después de media noche, como la carabela Pinta iba siempre delante, hizo señales de tierra, la cual descubrió primero un marinero llamado Rodrigo de Triana a no más de dos leguas; pero la merced de ❀ 38 ❀ ❀ los

los diez mil maravedís de renta declararon los Reyes que pertenecía al almirante, que se le pagaron siempre en las carnicerías de Sevilla, porque vió la luz en medio de las tinieblas, entendiendo la espiritual que se introducía entre aquellos bárbaros, permitiendo Dios que acabada la guerra con los moros después de setecientos veinte años que tomaron pie en España, se comenzase esta obra, para que los Reyes de Castilla y de León anduviesen siempre ocupados en traer a los infieles al conocimiento de la santa fe católica. ❀

CAPÍTULO XIII. - EL ALMIRANTE SALE A TIERRA Y LA PONE POR NOMBRE SAN SALVADOR ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

LEGADO el día reconocieron que era una isla de quince leguas de largo, llana y con muchas arboledas y de buenas aguas, con una gran laguna dulce en medio, poblada de mucha gente, la cual con mucha maravilla estaba en la marina, pensando que los navíos eran algunos animales: y no viendo la hora de saber cierto lo que era, y los castellanos de llegar a tierra, el almirante, con la barca armada y el estandarte real tendido,

salió a tierra, y lo mismo hicieron los capitanes Martín Alonso Pinzón y Vicente Yáñez Pinzón con las banderas de la empresa, que era una cruz verde con ciertas coronas y los nombres de los Reyes Católicos; habiendo todos besado la tierra, y arrodillados dando gracias a Dios con lágrimas por la gracia que les había hecho, el almirante se levantó y llamó San Salvador aquella isla que los naturales decían Guanahani de las Islas, que después llamaron de los Lucayos, a novecientas cincuenta leguas de las Canarias, hallada en treinta y tres días de navegación; y con la solemnidad y palabras necesarias, tomó la posesión en nombre de los Reyes Católicos por la corona de Castilla y de León, por ante Rodrigo de Escovedo, escribano real de la armada, estándolo mirándolo gente

* infinita de lo natural. *

Los castellanos luego le recibieron por almirante y visorey, y le juraron obediencia, como el que ya representaba en aquella tierra la persona real, con tanta alegría y placer, como era razón, por tan gran victoria, pidiéndole todos perdón por los disgustos que por su inconstancia y flaqueza le habían dado.

Pareciendo al almirante que aquellos indios era gente mansa y simple, y que estaban atónitos mirando a los cristianos, espantados de las barbas, blancura y vestidos, les dió algunos bonetes colorados, cuentas de vidrio, y cosas tales que tuvieron en mucho, admirándose también los castellanos de ver aquella gente,
✻ su talle y postura. ✻

Volvióse a embarcar el almirante, siguiéndole los indios, unos nadando y otros en sus barcas llamadas canoas, hechas de un madero de una pieza como artesas. Llevaban madejas y ovillos de algodón, papagayos y azagayas, armadas las puntas con espinas de pescado, y otras cosas para trocar con los dijes de vidrio y cascabeles y otras cosillas tales que recibían de tan buena gana, que los pedazos de platos y escudillas de tierra vidriada estimaban por reliquias. ✻

CAPÍTULO XIV. - PARTICULARIDADES DE LA GENTE GUANAHANI ✻ ✻ ✻ ✻ ✻ ✻

POR la mayor parte eran todos mozos que no pasaban de treinta años, aunque había muchos viejos: traían los cabellos crecidos hasta las orejas y pocos hasta el pescuezo, atados

a la cabeza con una cuerda como trenzados; tenían buenas caras y facciones, aunque las frentes que usaban tan anchas los afeaban. Su estatura era mediana, bien formado el cuerpo, buenas carnes, de color aceituno como los de Canarias: unos iban pintados de negro, otros de blanco, y otros de colorado, los más por el cuerpo, y algunos las caras y los ojos, o la nariz solamente. No conocían nuestras armas, porque mostrándoles las espadas las tomaban bobamente por el corte. No tenían noticia de cosas de hierro, y para labrar la madera se servían de piedras de ríos muy duras y agudas; y porque algunos tenían cicatrices, preguntándoles por señas, respondían que gentes de otras islas iban a prenderles, y que defendiéndose recibían aquellas heridas.

Traían el algodón para rescatar, y tal indio por tres ceutis de Portugal, dió tantos ovillos de algodón que pesaban una arroba: no se vieron joyas ni cosas de precio, salvo algunas hojuelas de oro que traían colgadas de las narices: no se hartaban de mirar los castellanos, hincábanse de rodillas, alzaban las manos dando gracias a Dios, convidábanse unos a otros que

fuesen a ver los hombres del cielo. Preguntóseles de dónde venía aquel oro. Respondieron que de la banda de mediodía, adonde había un rey que tenía mucho, señalando con las manos; y entendiendo el almirante que había otras tierras acordó de ir las a buscar: no se vaciaban los navíos de gente, y en pudiendo tomar cualquiera cosilla, aunque fuese un pedacillo de plato, alegres se salían con ello, y nadando se volvían a tierra, y por cualquiera cosa que se les daba ofrecían lo que tenían. Con este comercio se pasó el día, que todos se fueron a tierra, no procediendo su liberalidad en dar lo que tenían, sino por la estimación en que tenían lo que se les daba, juzgando a los castellanos por hombres del cielo, y por esto querían algo para tener
✧ por memoria. ✧

CAPÍTULO XV. - QUE EL ALMIRANTE DESCUBRIÓ LA CONCEPCIÓN, LA FERNANDINA Y LA ISABELA ✧ ✧ ✧ ✧ ✧ ✧ ✧ ✧ ✧



catorce de Octubre, por la mañana, reconoció el almirante la costa con las barcas hacia noroeste: seguían por tierra aquellas gentes prometiendo cosas de comer, y llamando

a otros que corriesen a ver la gente del cielo, y por maravilla levantaban las manos, y unos en canoas y otros nadando iban a preguntar por señas si venían del cielo, rogando que saliesen a descansar en su tierra. El almirante a todos daba rosarios de vidrio, alfileres y otras cosillas, holgándose mucho de ver tanta simplicidad, hasta que llegó a un arrecife de peñas adonde había un seguro y gran puerto, y adonde se pudiera hacer un fuerte castillo, porque venía a quedar casi aislado. Estaban allí seis casas con mucha arboleda que parecían jardines, y porque la gente estaba cansada de remar, y conoció que la tierra no era de calidad que conviniese detenerse en ella, tomó siete indios para que aprendiesen la lengua castellana y volviendo a las carabelas fué en busca de las otras islas, que se descubrían más de ciento, llanas, verdes y pobladas, que por sus nombres las contaron los indios. Lunes, a quince, llegó a una que estaba siete leguas de la primera, que llamó Santa María de la Concepción, cuya parte, que mira hacia San Salvador, se extiende por cincuenta leguas de costa; pero el almirante fué por la costa del Este Oeste, que son diez le-

guas de largo, y surgió por poniente y salió a tierra. La gente natural acudió luego en grandísimo número con grande admiración; y viendo que todo era una misma cosa, acordó de pasar adelante: y estando a bordo de la carabela Niña, una canoa, uno de los siete indios de San Salvador se arrojó y se fué, y aunque le siguió la barca no lo pudo alcanzar, y la noche antes se había ido otro. Llegó otro indio en una canoa a rescatar algodón: mandóle poner el almirante un bonete colorado y cascabeles en las manos y en las piernas, y

✽ sin tomarle el algodón se fué muy contento. ✽

El día siguiente, que era martes, navegó por Oeste a otra isla, cuya costa iba diez y ocho leguas por noroestesudeste: llegó a ella miércoles a diez y siete de Octubre, en la tarde, por las calmas. Toparon en el camino un indio en una canoa que llevaba un pedazo del pan que ellos comen, y agua en una calabaza, y un poco de la tierra negra con que se pintan, y hojas secas de una yerba que estiman en mucho por ser sana y olorosa, y en una cestilla una sarta de vidrio, y dos veintenes, moneda de Portugal, de lo cual se conoció que venía de San Salvador y que había pasado por la

Concepción, y que iba a esta isla, a la cual el almirante puso Fernandina, en memoria del Rey, y que su intento era dar noticia de los castellanos. Mas como la jornada era larga y se hallaba cansado de bogar, se fué a los navíos, adonde le mandó el almirante dar pan y miel y a beber vino, y en llegando a la isla le mandó echar en tierra con algunas cosillas que le dió, y la buena relación de éste fué causa que la gente acudiese a los navíos a rescatar cosas como las de las otras islas, porque toda la gente de ellas era de una misma manera. Cuando el batel fué a tierra por agua, los indios de buena gana la mostraron, y se cargaban los barriles para henchir las pipas, aunque parecía gente de mayor entendimiento que la otra, porque fiaban algo en el trueque de las cosas, y en sus casas tenían

✧ mantas de algodón. ✧

CAPÍTULO XVI. - DE CÓMO ERA LA GENTE DE ESTAS ISLAS Y DE LAS PLANTAS Y ANIMALES QUE HABÍA EN ELLAS ✧ ✧ ✧



ESTA isla pareció abundante de aguas, con muchos prados y arboledas, y algunos cerrillos graciosos que no había en

las otras; con infinita diversidad de pájaros que cantaban suavemente y volaban en diversas compañías, la mayor parte de ellos diferentes de los de Castilla, y con muchas lagunas, y junto a una vieron un animal que les pareció lagarto, de siete pies de largo: y porque le tiraron piedras se metió en el agua, adonde le mataron con las lanzas, maravillados de su grandeza y espantosa figura, aunque después mostró el tiempo que esta sierpe, quitado el pellejo y las escamas, es comida gustosa, porque tiene la carne blanca y es la que más los indios estiman, y en la Española le llaman yuana. Viéronse en aquella isla árboles que parecían injertos, porque tienen hojas y ramos de cuatro y cinco maneras, pero no eran sino naturales. ❀

Viéronse asimismo pescados de finas colores, pero no pareció algún animal terrestre sino culebras grandes, gordas y mansas y papagayos, los lagartos o sierpes dichas, y unos conejicos de hechura de ratones, aunque más grandes, que llaman utias. Yendo hacia noroeste, reconociendo esta isla surgieron en la boca de un hermoso puerto que tenía una islilla a la entrada, y por el poco fondo no entraron, ni el almiran-

te quiso apartarse mucho de una población que les cubría no viendo en ninguna isla hasta entonces visto ninguna mayor de diez o doce casas en forma de tiendas de campaña, unas redondas y otras a dos aguas, con algún portal delante descubierto, a modo de las de Flandes, cubiertas de hojas de árboles, bien acomodadas para el agua y el viento, con respiraderos para el humo, y encima sus caballetes o coronas bien labradas, y no se hallaba dentro más menaje ni ornamento que lo que llevaban a las naves para trocar; pero sus camas eran una red atada de un poste a otro, que llaman hamacas.

Viéronse también algunos perrillos mudos pequeños: hallóse un indio que traía un pedacillo de oro en las narices, con ciertas señales que parecían letras; y quisiera el almirante que se lo tomaran, porque entendió que era moneda, pero después se averiguó que nunca la hubo en las Indias. Visto que en la Fernandina no se descubría más que en San Salvador y la Concepción, pasó a las más cercanas. Llamábase Saomoto la cuarta isla; díjola Isabela en honra de la Reina Católica, y tomó la posesión de ella con testi-

gos y escribano, como en todas se hacía. Vió que la tierra era de la misma hermosura que las otras como por Abril en Castilla, y la gente semejante a la demás. Mataron otra sierpe o lagarto, y caminando la vuelta de una población, los indios huyeron llevándose lo que tenían; pero como el almirante mandó que no se tocase a nada, luego volvieron a los navíos a rescatar como los otros, y el almirante les dió cosillas de rescate, y por amansarlos pidió agua, y se

❁ la llevaron en calabazas. ❁

No quiso perder tiempo en la Isabela ni en las demás islas, que eran muchas y casi semejantes, y determinó de ir en busca de otra que le decían que era muy grande y llamaban Cuba, que señalaban al Sur, y pensando que era Cusipango por las señas que le daban y grandezas que de ella decían, navegó al essudoeste. Anduvo poco el miércoles y jueves por la lluvia, y desde las nueve del día mudó el camino al sudeste, y anduvo once leguas y descubrió ocho islas en luengo de Norte Sur: llamólas del Arena por el poco fondo que tenía; dijéronle que había día y medio de camino de allí a Cuba: de ellas salió el sábado a vein-

❁ 49 ❁

❁ te

te y siete de Octubre, caminó al sudsudoeste, y antes de la noche vió tierra de Cuba, y por la gran oscuridad y ser tarde no se quiso acercar, anduvo toda la
* * * * * noche al reparo. * * *

CAPÍTULO XVII.-QUE EL ALMIRANTE LLEGA A LA ISLA DE CUBA * * * * *

DOMINGO a veinte y ocho de Octubre se acercó a la costa, nombróla Juana, y pareció que era mejor tierra que las otras por los montes, cerros y diversidad de árboles, campañas y riberas que luego se vieron: fué a dar fondo a un gran río que llamó San Salvador por comenzar con tan buen nombre. Parecían los bosques muy espesos, los árboles muy altos con flores y frutas diferentes de
* las nuestras, y gran cantidad de pájaros. *

Deseando el almirante tomar lengua, envió a dos casas que se descubrieron, de donde la gente se huyó, dejando redes y aparejos de pescar, y un perro que no ladraba. No quiso que se tocase nada; pasó con sus navíos hasta otro gran río que llamó de la Luna, halló otro que dijo de Mares con las riberas muy pobladas, huyéndose los indios a las montañas, que eran



LA "PINTA" LA "SANTA MARIA" LA "NIÑA"

vestidas de muy gruesos y altos árboles y diferentes. Los indios que llevaba consigo le daban a entender que había en Cuba oro y perlas, y parecíale que había disposición para ello, porque vió almejas, y dijo que de allí a tierra firme no había navegación de diez días, por la imaginación que tenía concebida, de lo cual había escrito Paulo, físico florentín, y aunque tuvo razón no era la tierra que él pensaba. Porque le parecía que si mucha gente salía a tierra acrecentaría el miedo de los indios, envió dos castellanos con un indio de San Salvador a los navíos en una canoa, que fueron Rodrigo de Jerez, vecino de Ayamonte, y Luis de Torres que fué judío, que sabía hebreo y caldeo, y aun dicen que arábigo. Dióles rescates, y seis días de término e instrucción de lo que habían de hablar de parte de los Reyes de Castilla: mandóles que fuesen la tierra adentro, y sí se informasen de todo no haciendo mal a nadie, y entre tanto hizo aderezar la nave, y se vió que de toda la leña que se quemaba salía goma como almástiga, que en la hoja y en la fruta parecía mucho al lentisco, salvo que es mucho mayor. En este río de Mares podían revolverse los navíos; tiene sie-

te u ocho brazas de fondo a la boca, y dentro cinco con dos cerros de la parte del sudeste, y de la parte del oesnoroeste un hermoso cabo llano que sale fuera, y éste fué después el puerto de Baracoa, a quien el adelantado Diego Velázquez llamó de la Asunción. ❀

CAPÍTULO XVIII. - RELACIÓN DE LO QUE ENCONTRARON EN LA ISLA DE CUBA. ❀

ESTANDO la nave para navegar volvieron los castellanos a cinco de Noviembre con tres indios de la tierra, diciendo que habían caminado veinte y dos leguas, y hallado una población de cincuenta casas fabricadas como las referidas, y que habría en ellas hasta mil personas, porque en una casa mora todo un linaje, y que los principales los salieron a recibir y los llevaron de los brazos, y los aposentaron en una de aquellas casas, haciéndoles sentar en asientos labrados de una pieza, semejante a un animal que tuviese los brazos y piernas cortas y la cola levantada y la cabeza adelante con ojos y orejas de oro, y que todos los indios se sentaron alrededor de ellos en el suelo, y uno a uno les fueron a besar los pies y las manos, creyendo que ve-

nían del cielo, y les daban de comer raíces cocidas semejantes en el sabor a castañas, y les rogaban que se quedasen con ellos o que a lo menos descansasen cinco o seis días, porque los indios que llevaban consigo les dijeron mucho bien, y entrando desde a un rato muchas mujeres a verlos se salieron los hombres, las cuales con la misma maravilla y reverencia les besaban los pies y las manos, tocándolos como cosa sagrada, ofreciéndoles lo que llevaban, y que muchos se habían querido venir con ellos, pero que no lo consintieron sino al señor con un hijo y un criado, a los cuales el almirante regaló mucho. ❀

Dijeron también que en la ida y vuelta hallaron muchas poblaciones, adonde se les hizo la misma cortesía, y que ninguna pasaba de cinco o seis casas juntas, y que por el camino hallaban mucha gente que cada una llevaba un tizón en la mano para encender fuego y perfumarse con algunas yerbas que llevaban consigo, y para asar las raíces, porque aquel era su principal mantenimiento, y el fuego era fácil de encender, porque tenían cierta madera, que apretando un leño con otro, como quien barrena, se encendía fuego.

Vieron también infinitas especies de árboles que no habían hallado en la costa de la mar, y gran diversidad de pájaros muy diferentes de los nuestros, y entre ellos perdices y ruiseñores, y que no habían hallado animal de cuatro pies, salvo aquellos gozques que no ladraban. Los sembrados eran muchos de aquellas raíces y de panizo que llamaban maíz, de buen sabor cocido o hecho harina. Vieron grandísima cantidad de algodón hilado en ovillos, y en una sola casa les pareció que había más de doce mil libras, y nace en las campañas sin plantarlo, y como las rosas que de suyo se abren, así hace cuando sazona aunque no todo en un tiempo, porque en una misma planta había unas cerradas y otras abiertas, y por una cinta de cuero y por un pedazo de vidrioado o de espejo daban una cestilla llena de algodón. Preguntándoles por oro y perlas, decían que había

✻ gran cantidad en Bohío, señalando al Este. ✻

C. XIX.-SABEN QUE HAY MINAS DE ORO. ✻



OMO los castellanos preguntaban mucho por el oro, a los indios que llevaban en las naves, respondían Cubanacán, y ellos

pensaban que querían decir el Gran Can, y que debía de estar cerca la tierra del Catayo, porque también señalaban a cuatro jornadas. Martín Alonso Pinzón decía que debía ser alguna gran ciudad que estaba aquellas cuatro jornadas de allí, pero no tardó mucho en saberse que Cubanacán era provincia en medio de Cuba, porque Nacán significa tanto como en

✿ medio, y que allí había minas de oro. ✿
Con esta relación no quiso el almirante perder más tiempo; mandó que se tomasen algunos indios para llevar a Castilla, de diferentes partes, para que cada uno diese cuenta de su tierra como testigos del descubrimiento; tomáronse sin escándalo doce mujeres, niños y hombres. Estando para hacer vela llegó a la nave un indio, marido de una de aquellas mujeres y padre de dos muchachos que iban embarcados, y rogó que le llevasen con su mujer y sus hijos, y el almirante mandó que le recibiesen y que a todos se hiciese buen tratamiento, y por causa de los vientos nortes hubo de volver a un puerto que llamó del Príncipe en la misma isla, aunque le vió de fuera, cerca de muchas islas a tiro de arcabuz unas de otras; y

que parecía puerco montés, y en la mar hallaron muchas cuentas de nácara, y entre muchos pescados que salieron con la red, salió uno de forma de puerco cubierto de un pellejo muy duro, sin que tuviese cosa tierna sino la cola.

Notaron que la mar crecía y decrecía mucho más, que en otro puerto de los que por allí habían visto, y el almirante lo echaba a las muchas islas, y la marea era al revés que en Castilla, y la causa de esto le pareció porque allí era baja mar, estando la Luna al sudeste cuarta del Sur.

CAPÍTULO XX.-EL ALMIRANTE VA EN BUSCA DE LA ESPAÑOLA.

VOLVIÓ a puerto del Príncipe, Domingo a diez y ocho de Noviembre y puso en la boca una cruz de dos maderas grandes.

Lunes fué hacia levante en busca de la Española, que llamaban Bohío y otros Babeque, que según se entendió después no era Babeque la Española, sino la tierra firme, porque por otro nombre la llamaban Caribana, y por los vientos contrarios se entretuvo tres o cuatro días dando vueltas por cerca de la Isabela, y no

llegó a ella porque no se le fuesen los indios, y aquí hallaron de la yerba que toparon en la navegación del golfo, y se conoció que era llevada de las corrientes. Entendiendo Martín Alonso Pinzón, que los indios decían que en Bohío se hallaba mucho oro, miércoles a veinte y uno se apartó del almirante sin fuerza de tiempo ni otra legítima causa, y por ser su navío muy velero se fué adelantando, hasta que llegada la noche totalmente desapareció. Por Bohío, que era la Española, parecía que querían los indios dar a entender que era tierra poblada de muchos bohíos. Y viendo el almirante que aunque se habían hecho muchas señales, Martín Alonso no parecía con los dos navíos y el viento contrario, volvió a Cuba a un puerto grande y seguro que dijo Santa Catalina, por ser su víspera; aquí hizo agua y leña, vió algunas piedras con muestras de oro: en tierra había dos grandes pinos para árboles de grandes navíos, y viendo que todos los indios le encaminaban a la Española, siguió por la costa arriba, más a sudeste doce leguas adonde halló grandes y buenos puertos, y entre otros un río, que por su boca podía entrar cómodamente una galera,

sin que se conociese la entrada sino de cerca, y la comodidad del río le convidó a entrar dentro cuanto era larga la barca y halló ocho brazas de fondo, y subiendo más arriba porque la claridad del agua, la hermosura de los árboles, la frescura de la ribera con mucha diversidad de pájaros le llevaban, vió una fusta de doce bancos en tierra, debajo de una enramada, y en unas casas cerca hallaron un pan de cera y una cabeza de hombre en una cestilla colgada de un poste, y esta cera llevaron a los Reyes Católicos, de la cual nunca más se halló en Cuba, y así se entendió después que vino de Yucatán, o por fortuna en alguna canoa o de otra manera. No hallaron gente de quien informarse porque todos huían.

Hallaron otra canoa de noventa y cinco palmos de largo, adonde podían ir cincuenta personas, hecha de un solo arbol como las otras, y aunque no tenían herramienta para labrarlas eran de provecho los instrumentos que hacían para ello de pedernales, porque los árboles eran muy gruesos y los corazones tiernos y esponjosos, y fácilmente los ahondaban con los pedernales. Habiendo el almirante navegado ciento sie-

te leguas hacia levante por la costa de Cuba, llegó a la punta oriental de ella, y de allí partió a cinco de Diciembre para pasar a la Española, que son diez y ocho leguas de travesía al Este, y por las corrientes no pudo llegar hasta el día siguiente, que entró en el puerto que dijo San Nicolás por su día, y hallóle bueno, grande y de mucho fondo, y rodeado de espesas arboledas, aunque la tierra es montuosa y los árboles no muy grandes y semejantes a los de Castilla, porque se vieron pinos y arrayanes, y entraba en el puerto un río apacible, y en la orilla había muchas canoas tan grandes como bergantines de veinte y cinco bancos, pero no hallando gente pasó adelante la vuelta del Norte hasta el puerto que dijo la Concepción, al Sur de una isla pequeña que nombró la Tortuga, diez leguas de la Española, y viendo que esta isla Bohío era muy grande, y que la tierra y los árboles parecían los de Castilla, y que en una redada, entre otros pescados, los de lo nao tomaron lizas, lenguados y otros pescados conocidos de los castellanos, que hasta entonces no habían visto, y que habían oído cantar al ruiseñor y otros pájaros de Europa, cosa que por Diciembre

les admiró, puso nombre a esta isla la Española, porque habiendo llamado a la primera San Salvador en honra de Dios; a la segunda la Concepción en reverencia de nuestra Señora su santa Madre; la tercera Fernandina, a la cuarta Isabela, a la quinta Juana por memoria de los reyes y del príncipe su hijo, pareció que el nombre de España tuviese el sexto lugar aunque no faltó quien le dijo que la llamaría más propiamente la isla Castellana, pues en aquel descubrimiento solos tenían parte los reinos de la corona de Castilla. Y porque con las buenas nuevas que los indios de la nave le daban, deseaba ver si era verdad la riqueza de la tierra y reconocerla, y los naturales huían, y con ahumadas se avisaban unos a otros, acordó de enviar seis castellanos armados, y habiendo andado gran espacio de tierra volvieron sin hallar gente, diciendo cosas maravillosas de la hermosura de la tierra, y habiendo mandado poner una gran cruz en la entrada del puerto a la parte del Oeste, y andando tres marineros en un bosque mirando los árboles para cortarla, vieron mucha gente que huyó en descubriendo los castellanos metiéndose por las espesuras: corrieron

los marineros y tomaron una mujer que llevaba colgando de la nariz una plancheta de oro. Dióla el almirante cascabeles y sartas de vidrio, y envióla con tres indios de los que llevaba consigo, porque se entendían con ella, y tres castellanos que la acompañasen hasta su habitación.

CAPÍTULO XXI. - QUE EL ALMIRANTE PROSIGUE EL DESCUBRIMIENTO DE LA ISLA ESPAÑOLA

BIEN apercebidos con armas, el día siguiente envió nueve castellanos con un indio de San Salvador, a la población de la mujer que estaba cuatro leguas al Sudeste. Hallaron un pueblo de mil casas esparcidas y yermas, porque se había huído la gente; fué tras ella el indio, y tanto los llamó, y tantos bienes les dijo de los castellanos, que volvieron, y espantados y temblando, ponían las manos a los castellanos sobre las cabezas, por honra y cortesía, y les llevaban de comer, rogándoles que se quedasen aquella noche con ellos. Acudió en esto mucha gente, llevando en hombros la mujer con su marido, que iba a dar gracias al almirante.

Volvieron los castellanos con relación que la tierra era abundosa de sus mantenimientos, y la gente más blanca y de mejor parecer que la de las otras islas, y más tratable, y que la tierra adonde se cogía el oro estaba más a levante, y que los hombres no eran tan grandes, sino membrudos y rehechos, sin barbas, con las ventanas de las narices muy abiertas, y las frentes llanas y anchas, de mala gracia, lo cual hacían cuando nacían por gentileza, por lo cual, y por traer las cabezas descubiertas, eran tan duros de cascos, que una espada castellana acontecía romperse en la cabeza. ❀

Tomó aquí el almirante experiencia de las horas del día y de la noche, y halló que de sol a sol habían pasado veinte ampolletas de a media hora cada una, pero creyó que había yerro por el descuido de los marineros y juzgó que el día tenía once horas y algo más.

Con la relación sobredicha, aunque los vientos eran contrarios, determinó de salir de allí, y volviendo entre la Española y la Tortuga, topó un indio en una canoa, espantado como estando la mar revuelta no se le hubiese tragado, tomóle en la nave con la canoa, y llegando a tierra, le envió con algunos dijés, y alabó

tanto a los castellanos, que muchos acudieron a las naves, pero no traían más de algunos granillos de oro fino colgados de las narices, que daban de buena gana y preguntándoles ¿adonde hallaban aquel oro? con señas decían que más adelante había mucho, y preguntando el almirante por su isla de Cipango entendían por Cibao, y señalaban adonde estaba que era la parte de donde más oro se sacaba en aquella isla. ✧

CAPÍTULO XXII. - QUE EL CACIQUE DE LA ESPAÑOLA ENTRA EN LA NAVE DEL ALMIRANTE ✧ ✧ ✧ ✧ ✧ ✧ ✧ ✧ ✧ ✧ ✧ ✧ ✧ ✧

FUÉ avisado el almirante, que el señor de aquella tierra, que llamaban cacique, iba acompañado de más de doscientos hombres a ver los navíos, y aunque mozo le llevaban en andas sobre los hombros y que tenía ayo y consejeros, y llegado a las naves, se notó por cosa maravillosa el respeto que le tenían, y su gravedad. Salió un indio de la Isabela, habló con él, y díjole que los castellanos eran hombres del cielo: quiso entrar en la nave y cuando llegó al castillo de popa, señaló que se quedasen los que iban con él, salvo dos hombres de edad madu-

ra que se sentaron a sus pies, que eran sus consejeros. Mandó el almirante que le diesen de comer, y de cada cosa tomaba un poco, y probando de ello lo daba a los dos, y después lo llevaban fuera a los otros: diéronle ❀ de beber, y no hizo más de llevarlo a la boca. ❀ Todos estaban con mucha gravedad; hablaron poco: los suyos le miraban a la boca y hablaban con él, y por el indio intérprete, le hizo saber el almirante, que era capitán de los Reyes de Castilla y de León, mayores señores del mundo, pero ni el cacique ni los otros creían sino que habitaban en el cielo. Parecieron al almirante gente de más buena razón que la de las otras islas, y porque se hacía tarde, el rey o cacique se volvió a tierra. El día siguiente, aunque el viento fué contrario y recio, no se alteró la mar, por el amparo que hace a la costa la isla Tortuga, y fueron a pescar algunos marineros, con los cuales se holgaban los indios. Fué alguna gente a la población, y rescataron hojuelas de oro por cuentas de vidrio, de que holgó mucho el almirante, porque deseaba que viesen los Reyes que se había hallado oro en aquel descubrimiento, y que no eran vanas sus promesas. Volvió el

rey a la marina a la tarde, y llegó a la sazón una canoa de la isla Tortuga con cuarenta hombres a ver los castellanos, de que mostró pesadumbre el cacique, pero todos los indios de la Española se sentaron en el suelo por señal de paz, y los de la canoa salieron a tierra: pero el rey se levantó, y amenazándolos, se embarcaron, y les echaba agua y tiraba algunas piedras, que era toda su ira, y dió una piedra al alguacil del almirante, que se halló cerca de él, para que le tirase, pero rióse y no la tiró. Volviéronse los de la canoa con mucha humildad a la Tortuga, y el almirante muy solícito procuraba de entender adonde estaba aquel lugar que decían que tenía mucho oro. ❀

Este día, por honra de la fiesta de la Concepción, mandó el almirante aderezar los navíos, sacando las armas y banderas, y disparar la artillería, y el rey entró en el navío a tiempo que el almirante comía, fuese a sentar junto a él, sin darle lugar a que se levantase, siendo cosa notable la reverencia con que aquella gente andaba delante de su señor. Convidóle a comer y tomaba la comida como la otra vez, y en comiendo, pusieron delante al almirante una cinta de oro que pa- ❀

❀ 67 ❀ ❀ recía

recía como las de Castilla, aunque de obra diferente, y
✻ unas planchas de oro. ✻

El almirante dió al rey un arambel que tenía colgado cabe su cama, porque echó de ver que le agradaba, y unas cuentas de ámbar que tenía al cuello, unos zapatos colorados, y un almarraja de agua de azahar, con que se holgó mucho. Mostró él y los suyos mucha pena de no entenderse: ofrecióle cuanto podía en su tierra. Mostróle el almirante una moneda castellana que llamaban excelente, con los rostros de los Reyes Católicos, de que recibió admiración, y de ver las banderas con la cruz y armas reales, y con esto se volvió a tierra, honrándole mucho el almirante, y en las andas se fué a su población. Iba también un hijo suyo acompañado de mucha gente, y llevaban delante de él las cosas que le había dado el almirante, de una en una levantadas en alto, para que fuesen vistas de todos. Fué después a la nave un hermano del Rey, al cual hizo el almirante mucho regalo y cortesía, y otro día mandó poner una cruz en la plaza de la población, que estaba cerca de la mar, a la cual adoraban los indios como lo veían hacer a los cristianos. ✻

CAPÍTULO XXIII. - QUE EL ALMIRANTE
FUÉ A TIERRA DEL REY GUACANAGARI ✽

ERA martes en la noche, y deseando el almirante descubrir los secretos de la tierra, se hizo a la vela, y en todo el miércoles diez y nueve de Diciembre, no pudo salir de aquel golfete en medio de las dos islas, ni tomar un puerto que allí había: vió muchas sierras, montañas y arboledas vió una pequeña isla que llamó Santo Tomás: juzgaba que tenía la Española muchos cabos y puertos parecióle el tiempo suavísimo y la tierra muy fresca. Jueves a veinte entró en un puerto entre la isleta de Santo Tomás y un cabo, descubriáanse algunas poblaciones y muchas ahumadas, porque como era tiempo de seca y crece la yerba mucho, la quemaban para abrir caminos, porque como andaban, desnudos los lastimaba, y también por cazar los utias que tomaban con el fuego. Entró el almirante en el puerto con las barcas, y habiéndole reconocido, dijo que era muy bueno. Mandó ir para ver si se descubría cerca alguna población, y hallóse una poco desviada de la mar. ✽ Vieron indios que se recataban de los castellanos, pe-

ro los que iban en las naves, les dijeron que no temiesen, y luego acudieron tantos hombres, mujeres y niños, que cubrían el sol. Llevaban comida, calabazas de agua, y buen pan de maíz: y todos se maravillaban de ver los cristianos, y abobados daban gracias a Dios. Era gente más blanca y de mejores cuerpos, más bien acondicionados y liberales, y el almirante con cuidado proveyó que no se les diese enojo. Envió seis personas a reconocer el pueblo, adonde los regalaron como a hombres que entendían que habían venido del cielo. Entretanto llegaron ciertas canoas con gente de parte de un Rey, que rogaba al almirante fuese a su pueblo, y lo estaba aguardando con mucha gente sobre una punta de tierra.

En llegando las barcas, envió el Rey de comer a los castellanos, y viendo que lo recibían, fueron al pueblo por más y papagayos. El almirante daba a los indios cascabeles y bujerías de vidrio y de latón. Volvióse a las naos gritando mujeres y niños que no se fuesen, y a algunos que le siguieron en canoas, mandó dar de comer, y a otros que nadando media legua iban a las carabelas, y aunque la playa estaba cubierta de gente

por una gran campaña, que llamó después la Vega Real, se veía ir y venir multitud de gente a los navíos. Volvió el almirante a loar el puerto, y llamóle Santo

✧ Tomás, por haberle descubierto en su día. ✧
Sábado a veinte y dos por la mañana, se quiso ir en busca de las islas que los indios decían que tenían mucho oro, pero el tiempo se lo estorbó, y envió las barcas a pescar, y luego llegó uno de parte del Rey Guacanagari, a rogarle que fuese a su tierra, y le daría cuanto tenía, el cual era uno de los cinco señores de la isla, que sojuzgaba la mayor parte de la banda del Norte, por donde el almirante andaba. Envióle un cinto que traía en lugar de bolsa, una máscara con orejas, lengua y nariz de oro de martillo. El cinto estaba bordado de huesos de pescados menudos como aljófara,
✧ de lindas labores de cuatro dedos en ancho. ✧

CAPÍTULO XXIV. - EL REY GUACANAGARI ENVÍA A LLAMAR AL ALMIRANTE ✧ ✧

DETERMINÓ de partir a los veinte y tres, aunque primero seis castellanos con el escribano, para dar contento a otros, fueron a su tierra, por el gusto que los indios en todas

partes tenían de verlos, diéronles bien de comer, y trajeron rescatadas algunas cosas de algodón y granos de oro. Llegaron más de ciento veinte canoas a los navíos, con comida y cantarillos de barro con agua dulce, bien hechos y almagrados, y daban su especia que llamaban ají, que echándolo en escudillas de agua la bebían mostrando que era cosa sana. Y porque el mal tiempo detenía al almirante, envió al escribano al Rey Guacanagari a darle razón, y también envió dos de sus indios a un pueblo a ver si había oro, porque por la buena parte que en aquellos días había rescatado, juzgaba que debía de haber mucho, y este día se tuvo por cierto que debieron de entrar en los navíos mil hombres, sin que hubiese nadie que dejase de dar algo, y los que no entraban, desde las canoas decían: tomad, tomad, y la isla parecía al almirante, según lo que hasta entonces vió, que era mayor que Inglaterra. El escribano llegó a Guacanagari que le salió a recibir: parecióle la población adonde estaba más ordenada que ninguna de las que había visto. Toda la gente miraba a los cristianos con admiración y alegría. Dióles el Rey paños de algodón y papagayos, algunos pe-

dazos de oro, y la gente daba de lo que tenía, y las cosas que los castellanos les daban tenían por reliquias y con esto se volvió el escribano y sus compañeros a

✻ las naves, acompañados de los indios. ✻

Lunes a veinte y cuatro, fué el almirante a ver al Rey Guacanagari, cuatro o cinco leguas que debe de haber desde el puerto de Santo Tomás hasta donde el Rey estaba, y allí se entretuvo, hasta que viendo sosegada la mar se fué a acostar, porque en dos días y una noche no había dormido, y como era calma, el marinero del timón le dejó a un grumete, estando por el almirante prohibido en todo el viaje, que con viento o sin él jamás dejase el marinero de guardar el timón a otro; y a la verdad ellos se hallaban sin peligro de bajíos y de las lajas, porque el domingo, cuando fueron las barcas con el escribano al cacique, habían reconocido toda la costa, y las lajas que hay desde la punta hasta el estesudeste, por espacio de más de tres leguas, y también habían visto por donde se podía pasar y viéndose en calma muerta, todos se fueron a dormir, y sucedió que la corriente llevó muy poco a poco la nave, con tanto ruido, que de una gran legua se podía oír, y

como el mozo que tenía el timón le sintió tocar, dió



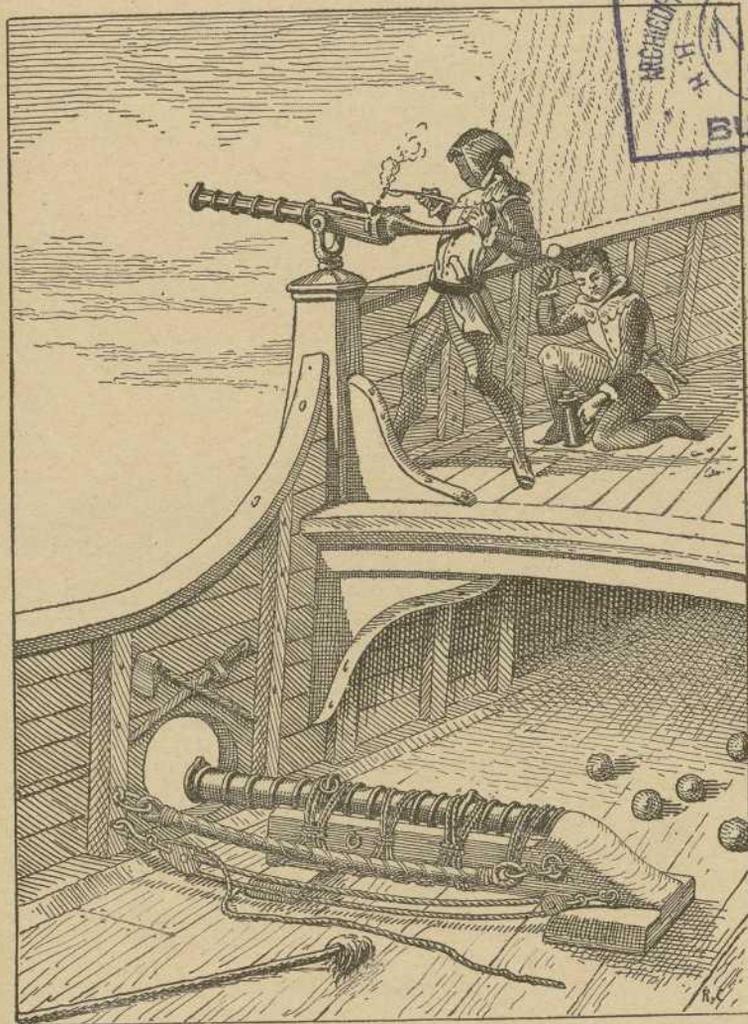
voces.



CAPÍTULO XXV. - QUE EL ALMIRANTE
PIERDE SU NAVE        



ON las voces el almirante se levantó el primero, y luego salió el maestre a quien tocaba aquel cuarto de guarda, y le ordenó que pues el batel estaba fuera se echase una áncora por popa, pues así podrían con el cabrestante sacar la nao, y cuando pensó que se hacía lo que había mandado, halló que con el batel se huían algunos a la otra carabela que estaba de barlovento media legua de allí, y viendo que el agua menguaba y que la nao estaba en peligro, mandó cortar el árbol y alejarla para ver si la podían sacar, pero no hubo remedio, porque como las aguas menguaban de golpe, cada rato quedaba la nao más en seco, y tomado lado hacia la mar traviesa, y—aunque era poca—por ser calma se abrieron los conventos que son los vacíos que hay entre costillas y costillas. La nave dobló a un lado y se abrió por abajo, y se hinchó de agua, y si viento o mar hubiera no escapara nadie, y si el maestre hiciera lo que le man-



ARMAMENTO DE LAS CARABELAS DE COLÓN

dó el almirante, sacaran la nao libre. Volvió la barca a socorrer, porque visto los de la otra nave lo que pasaba, no los quisieron recibir, pero venían con ella al socorro, y no habiendo ya remedio, dióse orden de salvar la gente, para lo cual envió el almirante a tierra a Diego de Aranas y Pedro Gutiérrez, que dijesen al cacique que por irle a ver había perdido la nave frontero de su pueblo, a legua y media. ❀

Sintió esta desgracia Guacanagari con lágrimas, y envió luego las canoas que en un momento sacaron lo que había en la cubierta, y él acudió con sus hermanos y tuvo gran cuidado en que no se tocase a nada, y él mismo estuvo en guarda de la ropa, y envió a decir al almirante que no tuviese pena que le daría cuanto tenía, y la ropa se llevó a dos casas que señaló adonde se recogiese. Fué tanta la voluntad con que los indios en esta necesidad ayudaron, que en Castilla no se pudiera hacer mejor, porque la gente parecía mansa y amorosa, su lengua fácil de pronunciar y aprender, tenían algunas loables costumbres, y el rey era servido con gran majestad, y en todo tenía mucha constancia. El pueblo era tan curioso en preguntar

que quería saber las causas de todo: arrodillábanse a la hora del Ave María, como los castellanos lo hacían, y por entonces no se entendió que tuviesen otra religión sino adorar el cielo, el sol y la luna. Miércoles a veinte y seis de Diciembre fué Guacanagari a la carabela Niña, adonde estaba el almirante con gran pena de la pérdida de su nao; consolábale y ofrecía lo que tenía. Llegaron dos indios de otra población, que llevaban chapas de oro para trocar con cascabeles, que era lo que más apreciaban, y de estas cosillas iba proveído el almirante por la experiencia de los portugueses en Guinea. Los marineros también avisaron que otros llevaban oro y lo daban por cintas y otras cosillas, y viendo Guacanagari que lo estimaba el almirante, le dijo que se lo haría traer de Cibao, y saliendo a tierra, convidó al almirante a comer ajís y cazabi que era su principal comida, y le dió algunas máscaras con ojos, nariz y orejas de oro, y otras cosillas que servían de traer al cuello, y se le quejó mucho de los caribes que se le llevaban su gente, y esta fué la causa porque huyó en el principio pensando que los castellanos eran caribes. El almirante le mostró sus armas

y un arco turquesco que tiró muy bien un castellano, ofreciendo de defenderle, pero de lo que más se espantó era de la artillería, porque cuando disparaba caía la gente amortecida.

CAPÍTULO XXVI. - QUE EL ALMIRANTE DETERMINA DE POBLAR EN TIERRA DE GUACANAGARI

HABIENDO el almirante hallado tanta voluntad y tantas muestras de oro, y pareciéndole la tierra fresca y fértil, juzgó que Dios nuestro Señor había permitido la pérdida de la nao, para que se hiciese asiento allí, y se comenzase por aquella isla la predicación y conocimiento de su santísimo nombre, el cual es muchas veces su voluntad que no se extienda por amor de su servicio y caridad de los prójimos, sino también por el premio que los hombres piensan haber en este mundo y en el otro, porque no es de creer que ninguna nación del mundo emprendería los trabajos a que el almirante y sus castellanos se pusieron en negocio tan dudoso y peligroso, si no fuera con esperanza de algún premio, el cual ha llevado después adelante la continuación

de esta su santa obra. Quiso Dios hacer con los indios y castellanos como un padre que quiere casar una hija muy fea, suple esta falta con el dote: porque cuando las Indias fueran tierras de tanta riqueza, nadie se pusiera a padecer los trabajos que adelante se dirán. Iban y venían los indios por cascabeles, que era lo que les daba más contento, y en llegando cerca de la carabela levantaban los pedazos de oro diciendo: «chuque, chuque», que quiere decir: toma y daca cascabel. Llegó un indio en tierra con un pedazo de oro de peso de medio marco, y teniéndolo en la mano izquierda, extendió la derecha, y poniéndole en ella el cascabel, soltó el oro, y dió a huir pensando que había engañado al castellano. Determinóse pues el almirante de dejar en esta tierra algunos hombres que tratasen con la gente y se informasen de la tierra y aprendiesen la lengua para que cuando volviese de Castilla tuviese quien diese instrucción para la población y sujeción de ella y para esto se le ofrecieron muchos. Mandó fabricar una torre con la madera de la nave perdida, y en esto se tuvo aviso que la carabela Pinta estaba en el río hacia el cabo de levante, y Guacana-

gari envió quien de ello se certificase. Ponía el almirante cuidado en la fábrica, y tanto más cuanto cada día se ofrecían mayores causas, y porque siempre Guacanagari mostraba miedo de los caribes para darle ánimo, y que viese el efecto de las armas castellanas, mandó el almirante disparar una pieza de artillería en un costado de la nave perdida, y pasando la bala de una parte a otra, saltó en el agua: mostróle como ofendían nuestras armas. Díjole que con ellas le defenderían los que quería dejar en su tierra, porque él entendía de volver a Castilla para llevar joyas y cosas que presentarle, pero el deseo de los cascabeles fué tanto, pensando que se acabarían, que hubo tal indio que desde la noche llegándose a la carabela pidió le guardasen uno para la mañana.

CAPÍTULO XXVII. - QUE SE PUSO NAVIDAD
POR NOMBRE A LA PRIMERA POBLACIÓN
DE CASTELLANOS EN LAS INDIAS

UNA canoa que había ido en busca de la carabela Pinta y en ella un marinero castellano con una carta del almirante para Martín Alonso Pinzón, pidiéndole amorosamente

que fuese a juntarse con él disimulando el haberle desamparado, volvió diciendo que habían andado más de veinte leguas y no le hallaron, y si anduvieran cinco o seis más, le hallaran. Después dijo un indio que dos días había que vió la carabela surta en un río, pero no le dieron crédito, pensando que burlaba como los primeros no la habían hallado, y este indio dijo verdad, como después pareció porque lo pudo ver desde un lugar alto, y se debió de dar prisa a irlo a decir a su señor. Dijo el marinero que había ido en la canoa, que a veinte leguas de allí vió un rey que llevaba en la cabeza dos grandes planchas de oro, y muchas otras personas que estaban con él, y que luego que los indios de la canoa le hablaron se las quitó. Creyó el almirante que Guacanagari debía de haber prohibido a todos que no vendiesen oro a los castellanos, porque pasase todo por su mano. Daba prisa en la fábrica de la fortaleza, y para ello salió a tierra de la carabela, adonde siempre dormía, jueves a diez y ocho de Diciembre, y cuando iba en la barca le pareció que había visto a Guacanagari, el cual se entró en su casa disimulando por ventura por hacer más del estado, por-

que tenía concertado de hacer la ceremonia que hizo que fué enviar un hermano suyo que recibió al almirante con gran alegría y comedimiento, y le llevó de la mano a una de las casas que estaban dadas a los cristianos, que era la mayor y mejor de la población. En ella le tenían aparejado un estrado con camisas de palmas, que son tan grandes como un cuero de un gran becerro, y poco menos que de aquella forma, y son muy limpias y frescas, y con una se cubre un hombre, y se defiende del agua como si se cubriese con un cuero de becerro o vaca, y son para muchas cosas provechosas, y las llaman yaguas. Hicieron sentar el almirante en una silla con espaldar bajo que usaban los indios, y eran muy lindas, bruñidas y relucientes, como si fuera de azabache. En sentándose, el hermano avisó al rey, y luego fué y con gran alegría le puso al cuello una gran plancha de oro, y estuvo con él hasta que siendo tarde el almirante se volvió a dormir a la carabela.

Muchas causas le movieron para poblar en este lugar: fueron las principales, porque sabiendo que en Castilla quedaba gente, se inclinasen los hombres a

miento, y como el almirante estaba siempre con cuidado de saber adonde se cogía el oro, a todos preguntaba por señas, y ya entendía algunos vocablos, preguntó al mancebo por las minas, y entendió que a cuatro jornadas había una isla hacia el Este que se llamaba Guarinoex y otra Macorix, Fumay, Cibao y Coray, en las cuales había infinito oro. Estos nombres escribió luego el almirante, y en esto pareció que aun no entendía nada de la lengua, de los indios, porque estos lugares no eran islas sino provincias de la isla y tierras de reyes o señores. Guarinoex era el rey de aquella gran Vega Real, una de las maravillosas cosas de la naturaleza, y quería decir el mancebo, que en la tierra de Guarinoex estaba la provincia de

✻ Cibao abundantísima de oro. ✻

Macorix era otra provincia que tuvo poco oro, y los otros nombres eran, como se dice, provincias que les faltan o sobran letras, que el almirante no supo escribir como no los entendía, y parecióle que el hermano del rey, que se hallaba presente, había reñido con el sobrino, porque le había dicho aquellos nombres. Envióle a la noche el rey una gran máscara de oro,

rogándole que enviase un bacín de aguamanos y un jarro, que debía de ser de latón o estaño, el cual luego le envió y creyó que se lo pedía para mandar hacer



otro semejante de oro



Domingo a treinta de Diciembre salió el almirante a comer a tierra, y fué a tiempo que habían llegado cinco caciques, sujetos a este rey Guacanagari, todos con sus coronas de oro en las cabezas, y representando grande autoridad, y en llegando a tierra le salió a recibir Guacanagari, y le llevó del brazo a la misma casa de antes, adonde estaba puesto el estrado y sillas: hizo sentar al almirante con gran comedimiento y veneración, y luego se quitó la corona de la cabeza, y púsola al almirante en la suya, el almirante se quitó un collar de buenos alaqueques y cuentas de muy lindos colores, que parecieran en todas partes muy bien, y se le puso a él, y se desnudó un capuz de fina lana, que aquel día había vestido, y se le puso, y envió por unos borceguíes de color que le hizo calzar: púsole más una sortija de plata grande en el dedo, porque había sabido el almirante que habían visto a un marinero una sortija de plata, y que habían hecho mu-

cho por ella, y es verdad que toda cosa de metal blanco, fuese plata o fuese estaño, estimaban mucho. Con estas joyas se halló el rey riquísimo, y quedó el más alegre del mundo. Dos de aquellos caciques acompañaron al almirante hasta el embarcadero, y cada uno le dió una gran plancha de oro: estas no eran fundidas sino hechas de muchos granos, porque los indios de esta isla no tenían el arte de fundir, sino que los granos de oro que hallaban, majaban entre dos piedras, y así los ensanchaban.

CAPÍTULO XXIX. - QUE EL ALMIRANTE APAREJA SU PARTIDA PARA VOLVER A CASTILLA

FUESE a la carabela el almirante a dormir, y halló que Vicente Yáñez, capitán de ella, afirmaba haber visto ruibarbo y que había conocido las ramas de él y la raíz, el cual dice que echa unos ramitos fuera de la tierra, y la fruta que parece moras verdes casi secas, y el palillo cerca de la raíz es muy perfecto, amarillo; la raíz hace debajo de la tierra una gran pera. Envió el almirante por el ruibarbo, y trajeron un serón y no más, porque

no llevaron azada para cavarlo, y se llevó por muestra a los Reyes Católicos, pero no salió ruibarbo. ❀

Tuvo el almirante por buena especería la pimienta de esta isla que llaman ají, diciendo que es mejor que la pimienta y manegueta que se lleva de levante, por lo cual imaginaban que debía de haber otras especies de ella. Pues como ya el almirante conociese las mercedes que Dios le había hecho, en depararle tantas y tan felices tierras, y tantas gentes y aquella grande muestra de oro, la cual parecía prometer estimables riquezas, y pareciendo ya el negocio grande y de gran tomo, no deseaba cosa tanto como comunicar a todo el mundo los dones que la Divina Providencia le había concedido, y en especial a los Reyes Católicos, y estando ya acabada la fortaleza mandó aparejar la partida, y tomar agua y leña, y todo lo que para su viaje

❀ ❀ le pareció necesario. ❀ ❀

Mandóle dar el rey, del pan de la tierra, que se llama cazabe, cuanto quiso, y de los ajís, pescado salado, y de la caza y cuantas cosas pudo darle, y aunque no quisiera partirse para volver a Castilla hasta que hubiera costeadó toda esta tierra que le parecía ir al Este

mucho, por descubrir más secretos de ella y por saber el tránsito más proporcionado de Castilla a ella, porque más sin riesgo se pudiesen traer bestias y ganados, no lo osó acometer por parecerle que no tenía más de una carabela y que le podían suceder peligros, y navegar más por mar y tierra no conocida no era cosa razonable. Quejábase mucho porque Joaquín Alonso Pinzón le había dejado, porque de estos inconvenientes él había sido causa.

CAPÍTULO XXX - DE LAS INSTRUCCIONES QUE DA EL ALMIRANTE A LOS QUE QUEDAN EN LA ESPAÑOLA

ELIGIÓ para quedar en aquella fortaleza treinta y nueve hombres, los más voluntarios alegres y de mejor disposición, y fuertes para sufrir los trabajos que pudo hallar en aquellos que consigo tenía: dejóles por capitán a Diego de Arana natural de Córdoba, escribano y alguacil con poder cumplido, como él lo tenía de los Reyes, y porque si acaeciese que muriese, nombró para que le sucediese en el cargo a Pedro Gutiérrez, repostero de estrado del Rey, y que si aquél mu-
riese,



OBJETOS DIVERSOS DE GUANAHANI Y DE LA ESPAÑOLA

riese, ejercitase su oficio Rodrigo de Escobedo natural de Segovia. Dejó entre aquella gente un cirujano que se llamaba maestre Juan. Dejó asimismo un carpintero de ribera que es de los que saben hacer naos, un calafate, un tonelero y un artillero bueno y que sabía hacer en aquel oficio buenos ingenios: también quedó con ellos un sastre, los demás eran buenos marineros, proveyéndolos de bizcocho y vino y de los bastimentos que tenía, para sustentarse un año: dejó semillas para sembrar y todos los rescates que eran muchos, y toda la artillería y armas que traía la nao: dejóles la barca de la nao. Puesto todo a punto, que ya no restaba sino partirse, juntólos a todos y les hizo una plática. «Díjoles que se encomendasen a Dios y le diesen gracias porque les había llevado a tal tierra para plantar su santa Fe, y que no se apartasen de Él viviendo como buenos cristianos, porque los tendría de su mano: que le rogasen que le diese buen viaje, para que volviese presto a verlos con mayor ayuda. Que obedeciesen y amasen a su capitán, porque para conservarse les convenía, y de parte de sus Altezas se lo encargaba. Que reverenciasen a Guacanagari y

no diesen enojo a nadie de los suyos, ni hiciesen violencia a hombre ni mujer, para que se confirmase de veras que eran venidos del cielo. Que no se dividiesen ni entrasen en la tierra, ni saliesen del dominio de Guacanagari, pues les amaba tanto. Que con las canoas y la barca con voluntad suya reconociesen la costa, viendo de descubrir las minas de oro y algún buen puerto, porque de aquel adonde quedaban, que llamó Natividad, no estaba muy contento. Que procurasen de rescatar cuanto pudiesen buenamente sin mostrar codicia, y procurasen de aprender la lengua, pues les sería tan necesaria para la amistad de los naturales y muy provechosa, y prometíales de suplicar a los Reyes Católicos, que pues ellos eran el camino de aquel nuevo imperio que se había hallado, les hiciese merced».

Respondieron que de muy buena gana harían todo lo que les mandaba. Miércoles a dos, salió a despedirse, comió con Guacanagari y sus caciques, encomendóle los cristianos a quienes había mandado que le sirviesen y defendiesen de los caribes, dióle una muy rica camisa, y dijo que presto volvería con joyas de los

Reyes de Castilla. Respondió mostrando gran sentimiento de su partida: dijo allí un criado del rey, que había enviado canoas por la costa a buscar oro, y el almirante respondió que si no se hubiese apartado Martín Alonso Pinzón, que osara rodear la isla y llevar un tonel de oro a Castilla, y con todo esto lo hiciera si no temiera que la Pinta llegara a salvamento e
✻ informara contra él por encubrir su delito. ✻

CAPÍTULO XXXI. - QUE EL ALMIRANTE SE PARTE PARA VOLVER A CASTILLA ✻ ✻

VIERNES a cuatro de Enero de mil cuatrocientos noventa y tres salió del puerto de Navidad. Navegó al Este la vuelta de un monte muy alto sin árboles, pero con mucha yerba, en forma de alfaneque o tienda de campo, el cual llamó Monte Cristo, y está al Este diez y ocho leguas del cabo que llamó Santo, que quedaba atrás cuatro leguas del puerto de Navidad: surgió aquella noche seis leguas de Monte Cristo. Sábado a cinco de Enero fué caminando hasta una isleta bien cerca adonde había buenas salinas; entró en el puerto y contentábase tanto la tierra y la hermosura de las sierras y de

los llanos que descubría, que dijo que aquella debía de ser la isla de Cipango, y si él pensara que estaba tan cerca de las minas de Cibao, de donde se sacó tanta riqueza, con mayor ánimo lo dijera.

Domingo a seis salió de Monte Cristo, y a poco camino se descubrió la carabela Pinta que iba la vuelta del almirante con viento en popa. Acordaron de volver a Monte Cristo adonde Martín Alonso Pinzón dió su disculpa por haberse apartado del almirante, y aunque no tenía satisfacción justa para lo que había hecho, el almirante disimuló, y entendió que había rescatado mucho oro y que la mitad tomaba para sí y la otra mitad daba a los marineros.

Sale un río grande a este puerto que llamó Río de Oro, porque parecían las arenas de oro, e hizo agua. Miércoles a nueve de Enero levantó las velas, llegó a Punta Roja que está a treinta leguas de Monte Cristo al Este, tomaron tortugas grandes como rodela que iban a desovar en tierra.

Pasó al río de Gracia adonde había rescatado Martín Alonso, el cual siempre se llamó de su nombre, y mandó dejar allí cuatro indios que por fuerza había

tomado Martín Alonso Pinzón. Partió viernes a once de Enero, navegó a un cabo que llamó Belprado, desde donde se vió una sierra que por estar cargada de nieve como plateada llamó Monte de Plata, y a un puerto que está al pie de ella, Puerto de Plata, que es hechura de herradura de caballo, y andando por la costa adelante con las corrientes y buen tiempo más de diez leguas, halló muchos cabos que llamó del Angel, la Punta del Hierro, el Redondo, el Francés, el cabo del Buen Tiempo, el Tajado. El sábado siguiente a doce anduvo otras treinta leguas maravillado de la grandeza de la isla, y llamó a un cabo de Padre e Hijo, y puso nombre a Puerto Sacro y el cabo de los enamorados, y emparejando con él descubrió una grandísima bahía que tenía tres leguas de ancho y en medio una isleta pequeña. Esperó allí por ver en qué paraba la conjunción que había de ser a los diez y siete, y la oposición de la luna con Júpiter, y conjunción con Mercurio, y el sol con opósito con Júpiter, que es causa de grandes vientos. Envió la barca a tierra por agua, hallaron ciertos hombres con sus arcos y flechas, compraron un arco y algunas flechas, rogaron

a uno que fuese a hablar con el almirante, aceptólo, preguntóle por los caribes, señaló que estaban al Este, y por oro y mostró hacia la isla de San Juan, y dijo que había guanín, que es oro bajo de color como morado, que los indios estiman en mucho: mandóle dar de comer y dos pedazos de paño verde y colorado y algunas cuentezuelas de vidrio, y que con la barca le



llevasen a tierra.



Estaban emboscados entre los árboles cincuenta y cinco indios con cabellos largos — como en Castilla las mujeres—, empenachados y con arcos y flechas, y espadas de madera de palma durísima y astas pesadas con que daban grandísimos golpes. El indio los hizo dejar las armas, llegaronse a la barca, compráronles dos dardos por mandado del almirante, y no solamente no quisieron vender más, pero se aparejaban para prender a los cristianos, por lo cual cerraron los castellanos que eran siete con ellos, dieron una gran cuchillada a uno en las nalgas y un jarazo a otro en el pecho, y dejando las armas huyeron, y mataran muchos si los quisieran seguir, y esta fué la primera vez que en esta isla se tomó las armas entre castella-

nos e indios. Pesó de ello al almirante, aunque por otra parte dijo que holgaba de ello, porque se entendiese a qué sabían las manos de los cristianos. *
Lunes de mañana a catorce pareció mucha gente en la playa: mandó que los de la barca estuviesen bien apercebidos, pero los indios acudieron como si no hubiera pasado nada, y entre ellos había el rey de aquella tierra y el indio que había estado en la carabela, en la cual entró el rey con tres indios: mandólos el almirante dar de comer bizcocho y miel, bonetes colorados, pedazos de paño y cuentas. El día siguiente envió el rey su corona y mucha comida, y la gente iba armada de arcos y flechas; llegaron en canoas cuatro mancebos de tan buena razón a la carabela, que el almirante determinó de llevarlos a Castilla: diéronle cuenta de muchas cosas, y de allí le mostraron la isla de San Juan. Partió de aquel golfo—que llamó de las flechas— miércoles a diez y seis de Enero, y porque las carabelas hacían mucha agua no quiso detenerse más, navegó con viento Oeste, cuarta de nordeste, y habiendo andado diez y seis leguas los indios que llevaba señalaron la isla de San Juan, y la de Martininó

y Carib, adonde estaban los que comían hombres, y aunque deseaba reconocer aquellas islas, por no desconsolar la gente, visto que refrescaba el tiempo, mandó tomar la vía de Castilla algunos días navegando dichosamente, vió muchos atunes y alcatraces

✽ y los aires eran muy secables. ✽

Hallaron mucha yerba, y como ya la conocían no temían: mataron una tonina y un gran tiburón que les dió bien de comer, porque ya no tenían sino pan y vino: la carabela Pinta no andaba bien a la bolina, porque se ayudaba poco de la mezana por no ser bueno el mástil, y porque el almirante la esperaba no hacían tanto camino, y algunas veces que había calmas saltaban los indios en el agua, nadaban y se holgaban; y habiendo navegado algunos días diversamente porque mudaban los vientos, miraban por la carta de marear los rumbos y caminos de la mar. Tenían cuenta de las leguas que se andaban en la carabela del almirante, Vicente Yáñez Pinzón, Sancho Ruiz, Peralonso Niño y Roldán, pilotos, y echando punto se hallaban muy adelante de las islas de los Azores al Este por sus cartas, porque contaban más leguas de las que las

✽ 97 ✽

✽ carabelas

carabelas andaban, por manera que navegando al Norte ninguno tomara la isla de Santa María, que es la postrera de los Azores, antes fueran cinco leguas apartados de ella, y a parar cerca de la Madera o



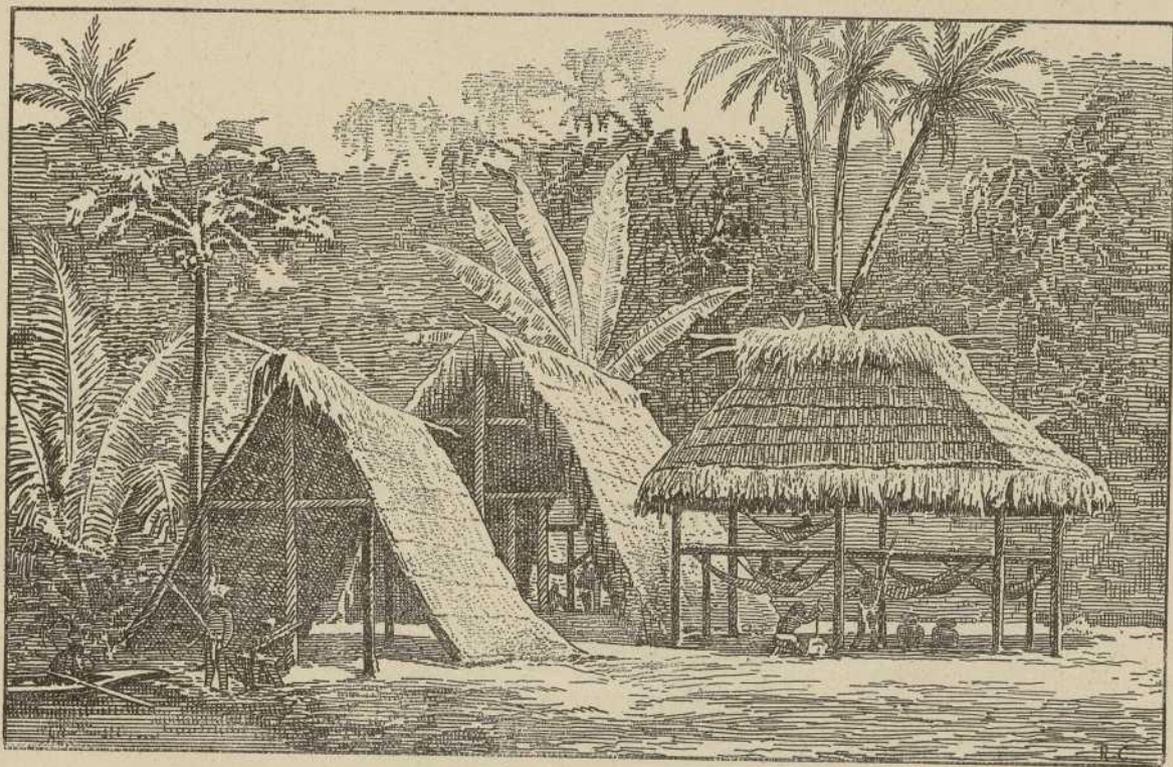
Puerto Santo.



CAPÍTULO XXXII. - QUE SOBREVIENTE TER-
RIBLE TORMENTA Y LA CARABELA PIN-
TA DESAPARECE



OMO el almirante sabía tasar mejor las leguas, hallaba ciento cincuenta menos que ellos, y el martes doce de Febrero, se comenzó a levantar la mar con grandes y peligrosas tormentas, y anduvo lo más de la noche a árbol seco; después dió un poco de vela: cruzaban las olas que atormentaban los navíos, y a la mañana aflojó el viento, pero creció miércoles en la noche con olas espantables que embarazaban el navío y no podía salir de en medio de ellas: llevaba el papagayo que es la vela de en medio, sin añadidura de boneta, muy bajo, para que solamente sacase el navío de entre las ondas, y viendo el gran peligro dejó correr el navío a popa adonde el viento le quisiese llevar, porque no había



ALDEA DE INDIOS CARIBES

otro remedio: entonces comenzó a correr la carabela Pinta y desapareció, puesto que toda la noche hacía el
✱ almirante hacer farol, y la Pinta respondía. ✱
Salido el sol, jueves a catorce de Febrero, fué mayor el viento y mayor el miedo de perderse, con el desconsuelo de pensar que se había perdido la Pinta. Viéndose en tan gran peligro, ordenó el almirante que se echase un romero que fuese a Nuestra Señora de Guadalupe en romería, y llevase un cirio de cinco libras, y que hiciesen todos voto, que al que cayese la suerte cumpliese la romería: esta es una devoción que hacen los marineros viéndose en peligro, por lo cual nuestro Señor los libra muchas veces. Tocó la suerte al almirante, y desde luego se tuvo por obligado a cumplir su romería: echóse otra vez la suerte para una romería a Nuestra Señora de Loreto, casa devotísima en Italia en la Marca de Ancona, cupo a Pedro de Villa marinero del Puerto de Santa María y el almirante prometió de darle dinero para la costa, y porque todavía los afligía se echó otro, que velase una noche en Santa Clara de Moguer e hiciese decir una misa, porque los marineros del condado tienen devoción en aquella ca-

sa, y cupo al almirante, y porque la tormenta no cesaba, todos hicieron voto de salir en la primera tierra, en camisa, en procesión a una iglesia que fuese del
✻ nombre de nuestra Señora la Virgen María. ✻

No cesaba el mal tiempo, y por la falta de lastre el navío andaba boyante porque se había gastado la vitualla. Viéndose, pues, el almirante muy cerca de la muerte, porque no dejase de llegar a noticia de los Reyes lo que en su servicio había trabajado, escribió en un pergamino todo lo que pudo de lo que había descubierto, y envuelto en un paño encerado, metiéndole en un gran barril de madera y echóle en la mar, sin que nadie pensase sino que era alguna devoción, y luego aflojó el viento. Viernes a quince de Febrero vieron tierra por delante a la parte del esnordeste, y unos decían que era la Madera y otros que la roca de Cintra junto a Lisboa, pero el almirante siempre dijo que eran las islas de los Azores, y con mucho trabajo anduvieron dando bordos, no pudiendo tomar la isla de Santa María: y el almirante muy fatigado de las piernas por haberse hallado al agua y al frío durmió un poco, y a los diez y ocho con trabajo surgió a la parte

del Norte de la isla, la cual supieron ser la de Santa
✱ ✱ ✱ María. ✱ ✱ ✱

CAPÍTULO XXXIII. - LLEGAN A LA ISLA
DE SANTA MARÍA Y SALEN A CUMPLIR EL
VOTO A UNA ERMITA ✱ ✱ ✱ ✱ ✱ ✱ ✱

EN el mismo tiempo tres hombres capearon a la carabela, envió la barca por ellos, llevaron refresco de pan y gallinas al almirante de parte del capitán, que se llamaba Juan de Castañeda. Y martes a diez y nueve de febrero mandó que la mitad de la gente saliese en procesión a una ermita que allí cerca estaba a cumplir el voto, y que en volviendo saldría él con la otra mitad, y rogó a los tres portugueses que les llevasen un clérigo que dijese misa, y estando en camisa en su oración, dió sobre ellos todo el pueblo a pie y caballo con su capitán, y los prendieron, y como tardaban en volver, sospechaba el almirante que los detenían o que la barca era quebrada por ser la isla rodeada de peñas, y porque no la podía ver por estar cubierta la ermita con una punta de tierra que entra en la mar, se puso con la carabela en derecho de la ermita, y vió mucha gente, y que en-

traban en la barca y que venían la carabela. Levantóse el capitán de la isla, pidió seguro al almirante, y aunque se le dió el portugués no quiso poner su persona en peligro. El almirante le dijo, que ¿para qué le había enviado refresco ni a convidar con aquellos portugueses, si habiendo paces entre las coronas de Castilla y Portugal, hacía cosa tan mala como detenerle su gente? Y que para que supiese que andaba en servicio de los Reyes de Castilla, le mostraría sus provisiones. Respondió el portugués: «Acá no conocemos a los Reyes de Castilla, ni sus provisiones, ni los

✻ ✻ habemos miedo. ✻ ✻

Hubo entre ellos algunas réplicas, y el portugués dijo que se fuese con la carabela al puerto, y que todo lo que había hecho había sido por mandado de su rey, de lo cual hizo el almirante testigos, y dijo, que si no le volvía su barca y su gente, que había de llevar un ciento de portugueses presos a Castilla. Se volvió a surgir adonde estaba, porque el viento era fresco: mandó henchir las pipas de agua de la mar para lastrear la carabela, y navegó por el mal tiempo la vuelta de la isla de San Miguel, porque en aquellas islas hay

malos puertos, y es lo más seguro salir a la mar. Tuvo toda la noche gran tormenta, y no habiendo hallado la isla de San Miguel volvió a Santa María, y luego acudió la barca con dos clérigos, y con seguro subieron a la carabela y requirieron al almirante que les mostrase las provisiones de los Reyes de Castilla, y lo hizo, y se volvieron y le desembargaron su barca y su gente, y el capitán dijo que tenía orden del rey de Portugal de prender al almirante y que diera mucho por haberle. Cobrados los marineros y siendo el tiempo para navegar a Castilla, mandó gobernar la vía de Este. El día siguiente les vino a la nave un pájaro grande que el almirante juzgó ser águila. Sábado, dos de Marzo, tuvo tan gran tormenta, que mandó echar un romero para Santa María del Cintra en Huelva, y cayó la suerte sobre el almirante, con que parecía que andaba Dios tras él para que se humillase y no se ensoberbeciese por las mercedes que le había hecho. Hasta el lunes a los cuatro anduvieron sin velas con grandísimo peligro y sin esperanza de salvarse, pero quiso Dios que reconocieron la tierra y Roca de Cintra, y por huir de la tormenta determinó de entrar en

el puerto sin poder parar en Cascaes. Dió gracias a Dios de verse en salvo, y todos se maravillaron cómo había aportado, afirmando de no haber visto jamás

✱ tan grandes tormentas. ✱

Hallábase el rey de Portugal en Valparaíso, y escribióle cómo los Reyes de Castilla sus señores le habían mandado que no dejase de entrar en los puertos de su Alteza a pedir lo que hubiese menester por sus dineros, y que le diese licencia para ir a Lisboa para estar más seguro, y porque supiese su Alteza que no venía

✱ de Guinea sino de las Indias. ✱

CAPÍTULO XXXIV. - DE LO QUE PASÓ EL ALMIRANTE CON EL REY DE PORTUGAL. ✱

PUBLICÓSE en Lisboa que el almirante venía de las Indias, y acudió tanta gente a verle, y a los indios, que fué cosa de admiración, y las maravillas que hacían. El siguiente día recibió una carta del rey de Portugal con D. Martín de Noroña su criado, en que le rogaba que se llegase adonde estaba, y por no mostrar desconfianza lo hubo de hacer: fué a dormir a Sacaben, adonde le hospedaron muy bien y en Lisboa había mandado el Rey

que sin dineros se le proveyese de cuanto hubiese menester. Otro día llegó adonde estaba el Rey, saliéronle a recibir todos los caballeros de la casa real y le acompañaron hasta palacio: recibióle el Rey con mucha honra, mandóle sentar, y después de haber mostrado mucha alegría por haber salido con el viaje, y preguntado algunas particularidades de él dijo que le parecía que según las capitulaciones que había con los Reyes de Castilla pertenecía antes aquella conquista a la corona de Portugal que a la de Castilla. Respondió que no había visto las capitulaciones, ni sabía más de que sus Altezas le habían mandado que no fuese a la Mina ni a Guinea, y que así se había mandado pregonar en todos los puertos de Andalucía antes que se partiese para el viaje. El Rey graciosamente respondió que creía que para esto no habría menester terceros. Mandó al prior de Crato que le hospedase, que era la principal persona que allí estaba. ❀

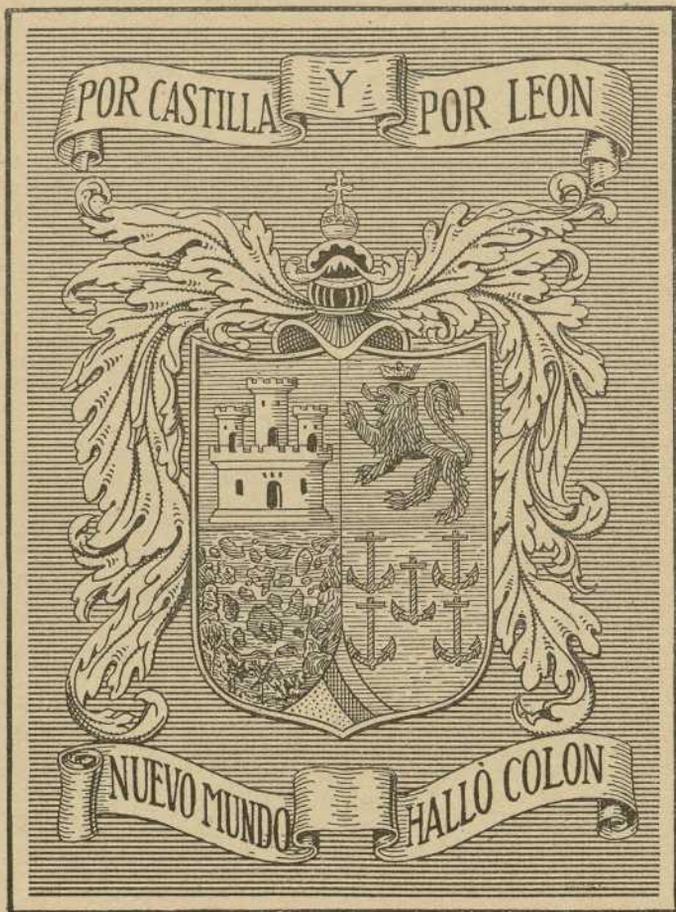
Otro día le dijo el Rey que si había menester algo que se cumpliría, y teniéndole sentado le preguntó muchas cosas de la navegación de las nuevas tierras, de las alturas de las gentes y de otras cosas de aquellas

partes teniendo grandísimo sentimiento de haber perdido aquella buena ventura, y hubo quien ofreció al Rey de matar al almirante para que no se supiese lo que había descubierto, y que no lo consintió.

Finalmente lunes a once de Marzo el almirante se despidió del Rey, y le acompañaron todos los caballeros de la Corte, y mandó a don Martín de Noroña que le guiase hasta Lisboa, dióle una mula y otra a su piloto y más veinte espadines que serían como veinte ducados: pasó por Villa-Franca, adonde se hallaba la reina en el monasterio de San Antonio, besóla las manos, y en habiéndola dado cuenta de su viaje se partió, y le alcanzó un criado del rey que le dijo de su parte que si quería ir por tierra a Castilla le mandaría acompañar y proveería de bestias y de lo que hubiese menester, y miércoles a trece de marzo se partió para Sevilla con su carabela. El jueves antes de salir el sol se halló sobre el cabo de San Vicente, y viernes a los quince se halló sobre Saltes, y con la marea entró por la barra hasta dentro del puerto, de donde había partido también viernes a tres de Agosto del año pasado, de manera que tardó en el viaje seis meses y medio.

CAPÍTULO XXXV. - DEL RECIBIMIENTO
QUE LOS REYES CATÓLICOS HACEN AL
ALMIRANTE ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

HABIENDO entendido que los Reyes Católicos se hallaban en Barcelona, pensaba en irlos a buscar por la mar en su misma carabela. Salió a tierra en Palos fué recibido con grande procesión y regocijo de toda la villa, admirando infinitamente hazaña, cual nunca pensaron ni imaginaron que el almirante había de acabar tan dichosamente. Determinado el almirante de no ir a Barcelona, dió aviso a los Reyes Católicos de su llegada, y envió un sumario de lo que le había sucedido, reservándose para hacer con su presencia más cumplida relación. Alcanzóle en Sevilla la respuesta que contenía alegrarse de su buena venida, de la felicidad del viaje, ofrecerle mercedes y honras, mandándole que se diese prisa para ir a Barcelona para que se tratase lo que convenía al bien de los descubrimientos comenzados, y que entretanto viese si en Sevilla convenía dejar algo ordenado para que no se perdiese tiempo: la alegría de los Reyes, el regocijo y admiración de



ARMAS QUE LOS REYES CATÓLICOS
CONCEDIERON A COLÓN

toda la Corte de ver acabada cosa con bien, de que los más tenían perdida la esperanza, no se puede decir. Y en el sobrescrito decía la carta: «A don Cristóbal Colón, su almirante del mar Océano, visorey y gobernador de las islas que se han descubierto en las Indias.» Respondió enviando un memorial de los navíos, gente, pertrechos, municiones y vitualla conveniente para volver a las Indias, y se encaminó a Barcelona con siete indios, porque los demás se murieron en el camino: llevaba papagayos verdes y colorados y otras cosas dignas de admiración nunca vistas en Castilla. Salió de Sevilla habiéndose extendido por el reino la fama de esta novedad, y salían las gentes por los caminos a ver los indios y el almirante.

Llegó el almirante a Barcelona mediado el mes de Abril, mandósele hacer un solemne recibimiento, al cual salió la Corte y la ciudad con tanta gente, que no cabían por las calles, maravillados de ver la persona del almirante, los indios y las cosas que traían que se llevaban descubiertas, y para honrar más al almirante mandaron los Reyes poner en público su estrado y solio real, adonde estaban sentados y con ellos el prín-

cipe don Juan. Entró el almirante acompañado de multitud de caballeros, y llegado se levantó el Rey, e hincándose las rodillas en tierra pidió las manos a los Reyes, diéronselas y mandáronle levantar y traer una silla y sentarse ante sus presencias reales, y referidas con gran sosiego y prudencia las mercedes que Dios en la buena ventura de sus Altezas le había hecho, y dada una breve cuenta de su viaje y descubrimiento, y de la esperanza que tenía de descubrir mayores tierras, y mostradas las cosas que traía, y los indios de la

✻ manera que andaban en su naturaleza. ✻

Los Reyes se levantaron, y puestas las rodillas en tierra, levantadas las manos al cielo, con muchas lágrimas dieron gracias a Dios, y comenzaron los cantores el «Te Deum laudamus»; y porque la capitulación hecha con el almirante no fué sino un concierto, y él había cumplido con lo prometido, los Reyes también por privilegios — que se despacharon en forma ordinaria — le cumplieron lo que le habían ofrecido en la villa de Santa Fe a diez y siete de Abril del año pasado. Diéronle asimismo las armas reales de Castilla y de León para que las trajese con las de su linaje y otras

que significaban su trabajoso y admirable descubrimiento, y a sus hermanos don Bartolomé y D. Diego —aunque a la sazón no se hallaban en la corte— hicieron los Reyes algunas mercedes y honras. El Rey llevaba al almirante a su lado cuando salía por Barcelona, y hacía otras honras notables, y por esto le honraban todos los grandes y otros señores y convidaban a



comer.



CAPÍTULO XXXVI. - QUE LOS REYES CATÓLICOS DIERON CUENTA AL PAPA DEL NUEVO DESCUBRIMIENTO * * * * *



A observancia y reverencia que los Reyes Católicos tenían a la Santa Sede apostólica era tanta, que no embargante la determinación que tenían hecha de volver luego a enviar a las Indias al almirante D. Cristóbal Colón para que fuese prosiguiendo en el descubrimiento comenzado y diese principio en plantar la fe católica en aquellas partes, quisieron primero dar cuenta de lo que pasaba al Sumo Pontífice, que era Alejandro sexto de la casa de Borja el que a la sazón presidía en la silla de san Pedro, para que agradeciese a Dios la merced

que había hecho a su Iglesia, y se alegrase que en su tiempo se hubiese hallado ocasión para dilatar el santo Evangelio. También se ordenó a su embajador que le dijese como aquel descubrimiento se había hecho sin perjuicio de la corona de Portugal con orden precisa que el almirante había llevado de sus Altezas de no acercarse con cien leguas a la Mina ni a Guinea, ni a cosa que perteneciese a portugueses, y que así lo había cumplido. Aunque por la posesión que de aquellas nuevas tierras había tomado el almirante, y por otras muchas causas hubo grandes letrados que tuvieron opinión que no era necesaria la confirmación ni donación del Pontífice para poseer juntamente aquel nuevo orbe, todavía los Reyes Católicos como obedientísimos de la Santa Sede y piadosos príncipes mandaron al mismo embajador que suplicase a Su Santidad fuese servido de mandar hacer gracia a la corona de Castilla y de León de aquellas tierras descubiertas y que se descubriesen adelante, y expedir sus
✻ bulas acerca de ello. ✻

Grandísimo fué el contento que con esta nueva recibió el pontífice, y mucho glorificó a Dios porque hu-
✻ 113 ✻ biese

biese querido que aquellas gentes por mano de los Reyes Católicos, y por el medio e industria del almirante don Cristóbal Colón con el ayuda de la nación castellana no estuviesen en su infidelidad y pudiesen participar de sus bienes, y en la corte romana se recibió * gran alegría y admiración de tan gran novedad. *

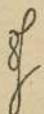
CAPÍTULO XXXVII. - DE LA CONCESIÓN QUE HIZO EL PAPA A LA CORONA DE CASTILLA Y DE LEÓN * * * * *



ONSIDERANDO pues el gran servicio que los Reyes Católicos habían hecho a Dios en aquella tan santa jornada y el que esperaba que para adelante habían de hacer, y que ningún otro príncipe cristiano era poderoso ni capaz para semejante obra, especialmente que de todos los reyes cristianos ninguno se hallaba que hubiese militado tanto contra infieles, ni se hallase en el mismo acto, pues a la sazón que se dió principio a este descubrimiento se acababa de echar de España a la gente mahometana por el valor de los Reyes Católicos después de setecientos años que con ellos continuadamente se había peleado. *

AUTÓGRAFO DE COLÓN

En Santa Treynidad guarde a V.A. como deseo y menester
habemos con todos sus grandes estados y señoríos / de gran
nada mejor de febrero de mill y quinientos y dos años -

 .S.
.S. A .S
X M Y
: Xpo FERENS .I

El texto dice así:

*La Sancta Treynidad guarde a Vuestras Altezas como deseo y
menester habemos, con todos sus grandes estados y señoríos.
De Granada a seis de febrero de mil quinientos y dos años.*

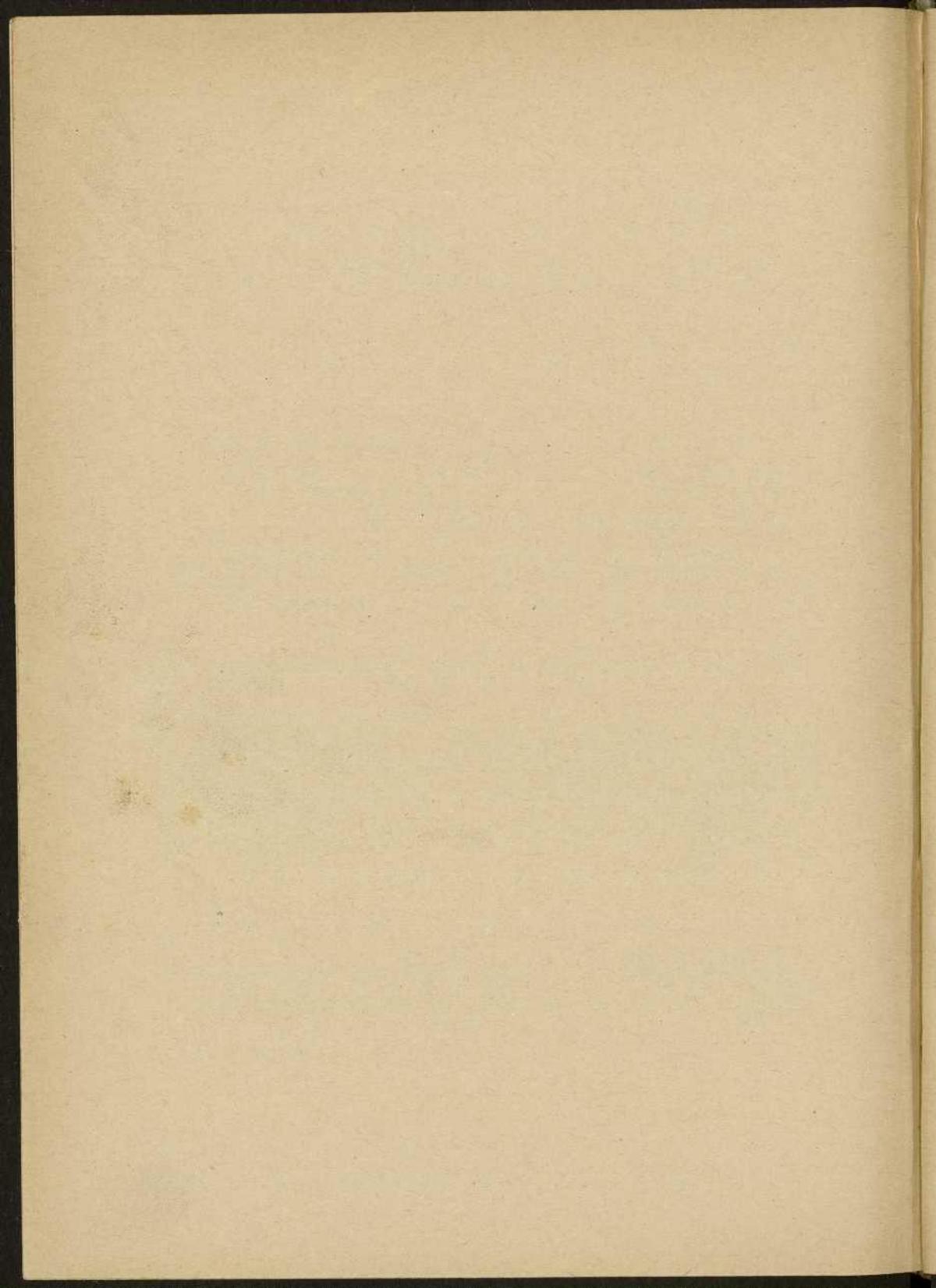
Las mayúsculas que acompañan la firma se interpretan generalmente de esta manera:

SUPPLEX
SERVUS ALTÍSSIMI SALVATORIS
CHRISTUS MARÍA JOSEPH
CHRISTOPHERENS

cuya traducción es:

HUMILDE
SERVIDOR DEL ALTÍSSIMO SALVADOR
CRISTO, MARÍA, JOSÉ
PORTADOR DE CRISTO

León, no estando ocupado por algún príncipe cristiano antes del día de Navidad de este año, y que ninguna persona pudiese pasar a estas partes con penas y censuras. Esta donación fué muy diferente de la que se acostumbró de hacer a otros príncipes, porque se hizo sin agravio de nadie, y por haber adquirido los Reyes Católicos sobre las nuevas tierras justo y soberano título, con poder temporal para la promulgación del Evangelio. Porque a su costa y con sus vasallos descubrieron aquellas partes remotas apartadas de la noticia de los hombres, navegando hasta donde nadie jamás llegó, y hallándolas pobladas de gentes bárbaras y sin conocimiento de la verdadera fe, con oro y muchas cosas aromáticas y preciosas, y por la inmensidad de las dichas tierras, fué necesario dar suprema potestad a los Reyes Católicos y a sus sucesores, e investirlos de tal autoridad que pudiesen elegir ministros poderosos que amparasen los predicadores y enviar armadas, porque de otra manera no se pudiera ❀ predicar el Evangelio ni asentar la policía. ❀



VOCABULARIO

AJÍ. Especie de pimiento americano, encarnado, pequeño y picante.

ALAUQUES. Mármol manchado de color de sangre, que se encuentra en América en trozos pequeños.

ALBRICIAS. Buena nueva y también el regalo que se da por la buena nueva que se anuncia.

ALCATRAZ o pelícano. Ave palmípeda de pico muy ancho y cuyo esófago forma como un saco donde guarda los alimentos que recoge para comérselos luego.

ALJÓFAR. Conjunto de perlas de figura irregular y comúnmente pequeñas.

ALLEGAR. Recoger, juntar, arrimar una cosa a otra.

ALMAGRADO. Lo que está teñido de almagre, que es un color rojo, formado principalmente de óxido de hierro.

ALMARRAJA. Vasija de vidrio semejante a la garrafa abierta en la parte más esférica y que servía para rociar y regar.

ALMÁSTIGA. Resina transparente y amarilla en forma de lágrimas que se extrae del lentisco.

ALMEJA. Marisco pequeño, comestible, de conchas de muy diversos colores y de tamaño mucho menor que las ostras.

AMBAR. Resina fósil, de color amarillo la que se recoge en las costas del Báltico y gris o cetrino la que proviene de las costas de América y del Océano Indico. Es de olor muy penetrante y proviene según se cree de los peces llamados cachalotes. Ambas variedades sirven para fabricar boquillas, collares, etc. etc.

AMPOLLETA. Vasija de vidrio de cuello largo y angosto y redonda en la parte inferior. Refiérese el texto a las dos que unidas por el cuello forman el reloj de arena. Se calcula el tiempo en este reloj por el que emplea la arena en pasar de una ampolleta a otra, invirtiendo el aparato cuando ha pasado toda, para volver a comenzar de nuevo. Hay relojes de arena de muchas horas, de una y también de minuto y hasta de medio y cuarto de minuto.

ARAMBEL. Tela pintada de que se hacían tapices.

ÁRBOL SECO o "palo seco". Dícese de una embarcación cuando camina recogidas las velas.

ARCABUZ. Arma de fuego portátil de cuyas sucesivas y numerosas modificaciones ha resultado el fusil actual.

ARRAYÁN. Arbusto de ocho a diez pies de altura, con ramas flexibles, hojas de color verde vivo, lustrosas pequeñas y permanentes todo el año y flores pequeñas y blancas.

ARRECIFE. Banco o bajo formado en el mar por piedras o puntas de rocas, casi a flor de agua.

ASTROLABIO. Instrumento que sirve para tomar en el mar, la altura del polo o la del sol, de una estrella, etc.

AZABACHE. Variedad de lignito o carbón duro y brillante que sirve para hacer dijes, botones, cuentas de rosario, etc.

AZAGAYA. Lanza o dardo pequeño arrojadizo.

BAJÍO. Parte del mar de poco fondo que generalmente es arenoso.

BARLOVENTO. Parte de donde viene el viento. En las embarcaciones se llama también barlovento el

costado que se tumba, por la fuerza del viento opuesto.

BOHÍO. Cabaña de América hecha de madera, cañas y paja, sin más respiradero que la puerta.

BOLINA. Cuerda con una pesa que se echa en el mar, para reconocer su profundidad.

BONETA. Vela supletoria que se agrega por debajo de otra, para aumentar su superficie.

BOYANTE. En marinería dicese del buque que navega con viento favorable.

BRAZA. Medida de los brazos extendidos muy usada en marina; equivale a 1,6718 ms.

BUJERÍA. Mercadería de estaño, hierro, vidrio, etc., de poco valor y precio.

CALAFATE. El que calafatea las embarcaciones, es decir el que cierra o rellena con estopa y brea las juntas de las tablas y maderas de las naves para que no pase el agua.

CAPEAR. En términos de marinería, esperar o estar aguardando.

CAPUZ. Vestidura larga a modo de capa con capucha.

CARIBE. Hombre cruel e inhumano. Dicese de un

pueblo antropófago que dominó gran parte de las Antillas.

CAZABÍ o cazabe. Torta que se hace en varias partes de América con harina sacada de la raíz de la mandioca. También se llama cazabe un pez de las Antillas.

CIPANGO. Nombre que se daba al Japón en los tiempos de la Edad Media.

CONFERIR. Conferenciar; tratar y examinar entre varias personas algún punto o negocio.

DERROTA. En términos de marinería el rumbo o dirección que llevan en su navegación las embarcaciones.

EMBARGANTE. Dícese de lo que estorba o impide algo.

FÍSICO. Decíase antiguamente al que profesaba la medicina.

FUSTA. Embarcación de vela latina con uno o dos palos que sirve para carga.

GALEÓN. Bajel grande de alto bordo, que no se movía sino con velas y viento: los había de velas y carga.

GALERA. Embarcación de vela y remo, la más larga y que calaba menos agua entre las de vela latina.

GOZQUE. Perro gozque es una clase muy pequeña y ladradora.

GRAN CAN. Personaje más o menos fantástico que según algunos viajeros de la Edad Media era el Rey de los Reyes de las tierras de China.

JARAZA. Golpe dado con la jara que es una saeta o palo arrojadizo de punta muy delgada.

JUBÓN. Vestidura que cubre desde los hombros hasta la cintura, ceñida y ajustada al cuerpo.

LAJA. Peña que suele haber en la barra o boca de los puertos de mar.

LASTREAR o lastrar. Poner piedra o arena en una embarcación para que entre en el agua hasta donde convenga.

LENGUA. Úsase como intérprete.

LINÁLOE o áloe. Planta perenne de las liliáceas con hojas largas y carnosas que arrancan de la base del tallo. Es de gran dimensión.

MEZANA o mesana. En el buque de tres palos el que está más a popa.

NÁCARA. Timbal usado en la antigua caballería.

PIÉLAGO. Parte del mar que dista mucho de la tierra.

POPA. Parte posterior de las naves donde se coloca el timón.

POSTA, “por la posta”. Con prisa, presteza o velocidad. Llamaban “posta” antiguamente, a las caballerías que se tenían preparadas o apostadas en los caminos cada dos o tres leguas para que los correos y otras personas, pudieran viajar con diligencia.

PTOLOMEO o Tolomeo. Astrónomo y Geógrafo griego, del siglo II de nuestra era. Vivió en Alejandría y fué autor de una “Geografía”; según la cual la tierra era el centro del mundo.

RABO DE JUNCO. Ave que tiene unas nueve pulgadas de largo, con plumaje de muy variados y vistosos colores. Tiene el rabo formado por dos plumas muy estrechas de hermoso color verde y de diez y ocho a veinte pulgadas de largo.

RATA, “pro rata” o “prorrata”. Cuota o porción que toca a uno de lo que se reparte entre varios hecha la cuenta proporcionada.

RECAUDO. Precaución, cuidado. La expresión “a

buen recaudo" o "a recaudo" significa tener algo bien custodiado o en sitio bien seguro.

REPOSTERO DE ESTRADO. Mozo que tiene a su cuidado poner el estrado del rey y recogerlo y guardarlo.

RODELA. Escudo redondo y delgado que sujeto al brazo izquierdo defendía el pecho peleando con espada.

SÉNECA. Filósofo latino natural de Córdoba.

TOMA Y DACA. Tomar y dar. Daca es contracción de "da y acá".

VEEDOR. Tórnase a veces en el sentido de visitador, juez o ministro.

YERMO. Desierto o lugar solitario y apartado de los hombres.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	I
CAPÍTULO I. - De la venida a España del Almirante D. Cristóbal Colón y a quién propone la empresa del descubrimiento.	1
CAPÍTULO II. - Del acogimiento que halla en la Corte Cristóbal Colón y razones que contra él allegan	4
CAPÍTULO III. - Que D. Cristóbal Colón trata con otros príncipes	6
CAPÍTULO IV. - Que la reina Doña Isabel, admite la empresa de Colón	10
CAPÍTULO V. - De lo que los Reyes Católicos capitularon con D. Cristóbal Colón	12
CAPÍTULO VI. - Sale don Cristóbal para su viaje	19
CAPÍTULO VII. - Pierden la tierra de las Canarias y comienzan las agujas a noruestear.	20
CAPÍTULO VIII. - Que continuando la navegación sin encontrar tierra habla la gente de volver a Castilla	24

CAPÍTULO IX. - Prudencia y artificio del Almirante para gobernar la gente	28
CAPÍTULO X. - Que la gente se volvía a amotinarse, y el Almirante prosigue el viaje, y señales que se veían.	31
CAPÍTULO XI. - Que don Cristóbal muda camino y por qué causa	35
CAPÍTULO XII. - Que se descubrió la tierra .	36
CAPÍTULO XIII. - El Almirante sale a tierra y le pone por nombre S. Salvador.	39
CAPÍTULO XIV. - Particularidades de la gente guanahani	41
CAPÍTULO XV. - Que el Almirante descubrió la Concepción, la Fernandina y la Isabela .	43
CAPÍTULO XVI. - De cómo era la gente de estas islas y de las plantas y animales que había en ellas	46
CAPÍTULO XVII. - Que el Almirante llega a la isla de Cuba	50
CAPÍTULO XVIII. - Relación de lo que encontraron en la isla de Cuba.	53
CAPÍTULO XIX. - Saben que hay minas de oro .	55

CAPÍTULO XX. - El Almirante va en busca de la Española	58
CAPÍTULO XXI. - Que el Almirante prosigue el descubrimiento de la isla Española	63
CAPÍTULO XXII. - Que el cacique de la Es- pañola entra en la nave del Almirante	65
CAPÍTULO XXIII. - Que el Almirante fué a tierra del rey Guacanagari	69
CAPÍTULO XXIV. - El rey Guacanagari en- vía a llamar al Almirante	71
CAPÍTULO XXV. - Que el Almirante pierde su nave	74
CAPÍTULO XXVI. - Que el Almirante deter- mina de poblar en tierra de Guacanagari.	78
CAPÍTULO XXVII. - Que se puso Navidad por nombre a la primera población de caste- llanos en las Indias	80
CAPÍTULO XXVIII. - Del mucho cuidado que el Almirante ponía en buscar las minas de oro	83
CAPÍTULO XXIX. - Que el Almirante apare- ja su partida para volver a Castilla	86

CAPÍTULO XXX. - De las instrucciones que da el Almirante a los que quedan en la Española	88
CAPÍTULO XXXI. - Que el Almirante se parte para volver a Castilla	92
CAPÍTULO XXXII. - Que sobreviene terrible tormenta y la carabela Pinta desaparece.	98
CAPÍTULO XXXIII. - Llegan a la isla de Santa María y salen a cumplir el voto a una ermita	102
CAPÍTULO XXXIV. - De lo que pasó el Almirante con el rey de Portugal.	105
CAPÍTULO XXXV. - Del recibimiento que los Reyes Católicos hacen al Almirante	108
CAPÍTULO XXXVI. - Que los Reyes Católicos dieron cuenta al Papa del nuevo descubrimiento	112
CAPÍTULO XXXVII. - De la concesión que hizo el Papa a la corona de Castilla y de León.	114
VOCABULARIO.	119

NIHIL OBSTAT

EL CENSOR

JAIME PONS, S. J.

Barcelona 26 de Mayo de 1925

IMPRÍMASE

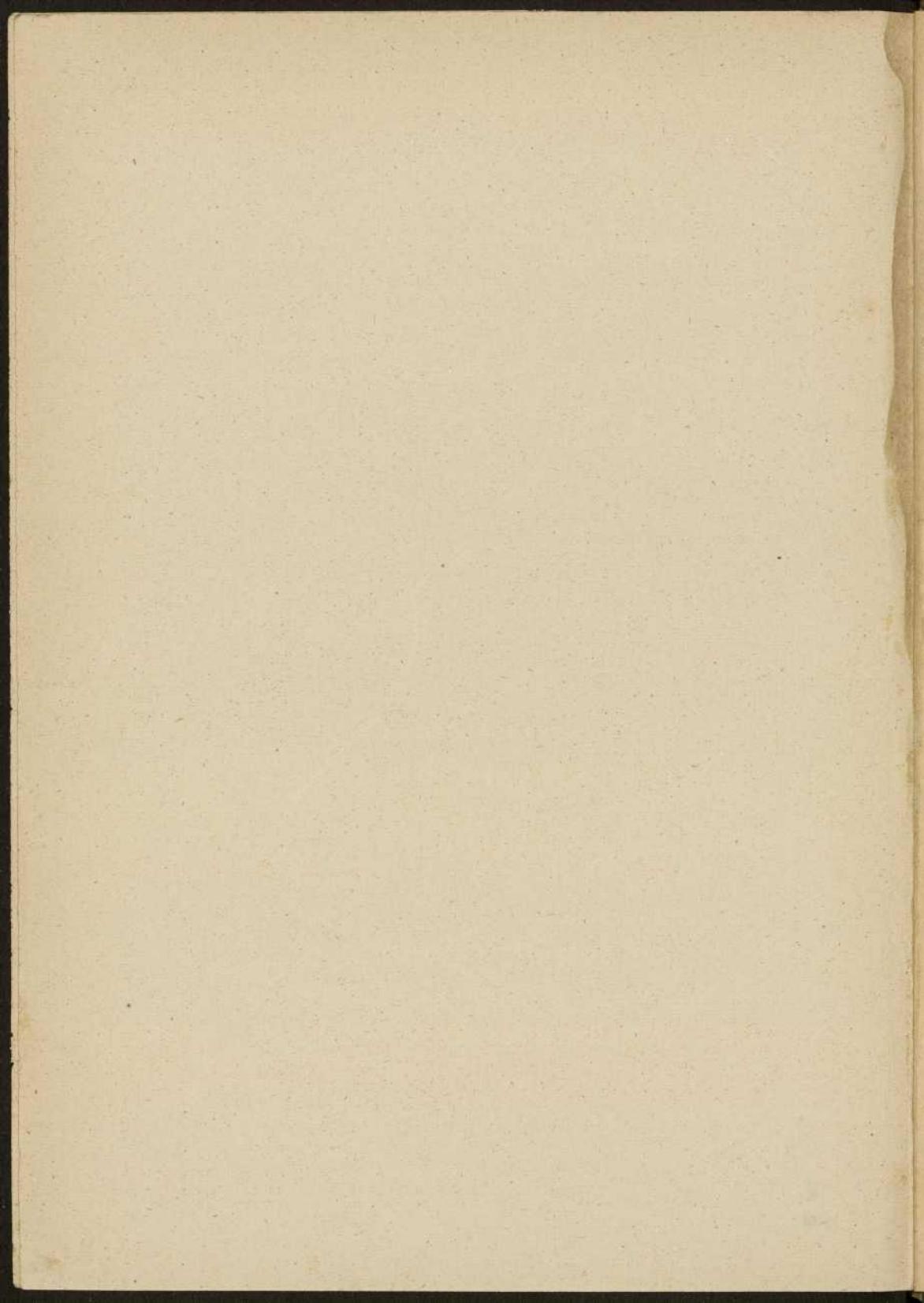
EL VICARIO GENERAL

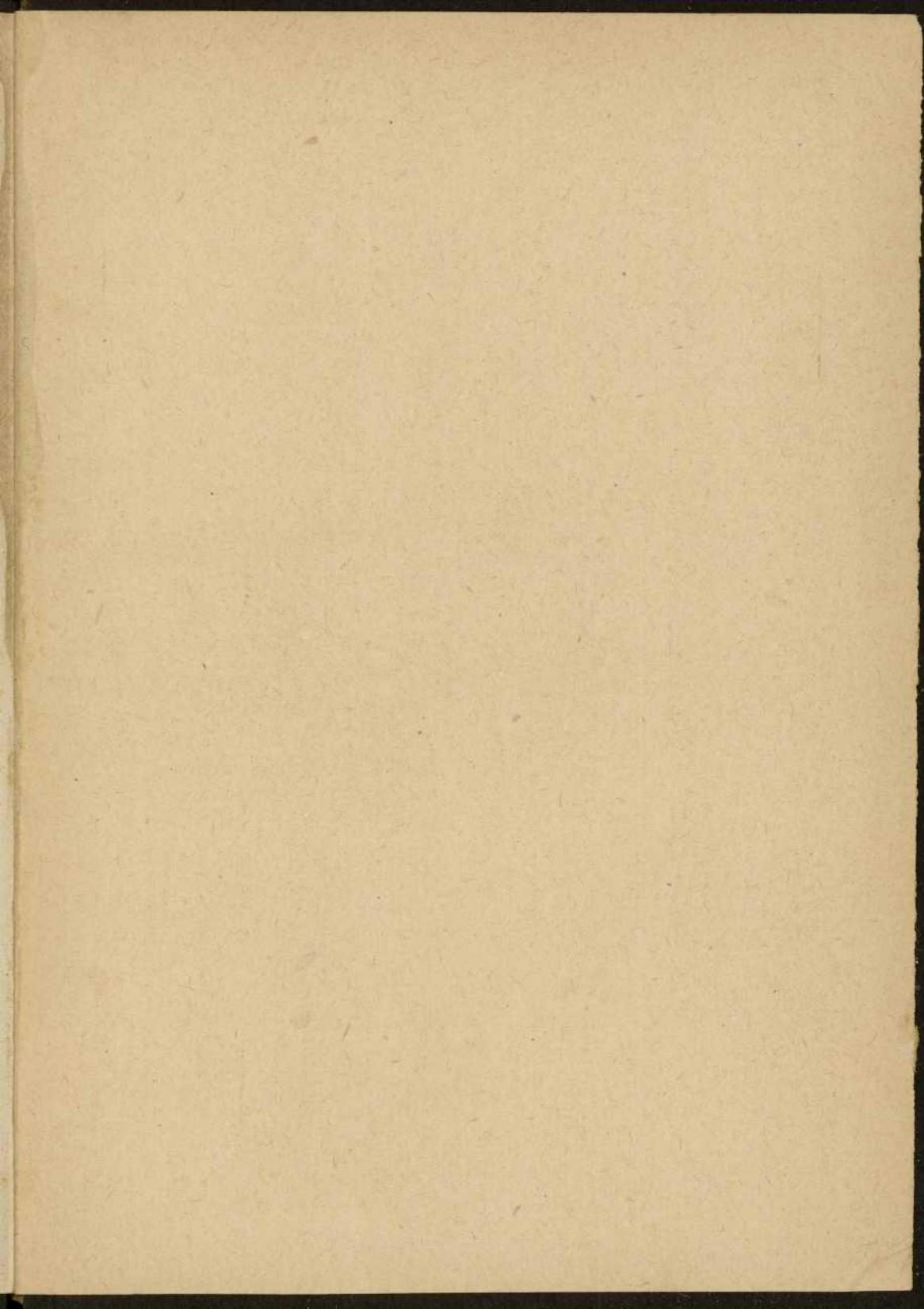
PASCUAL LLÓPEZ

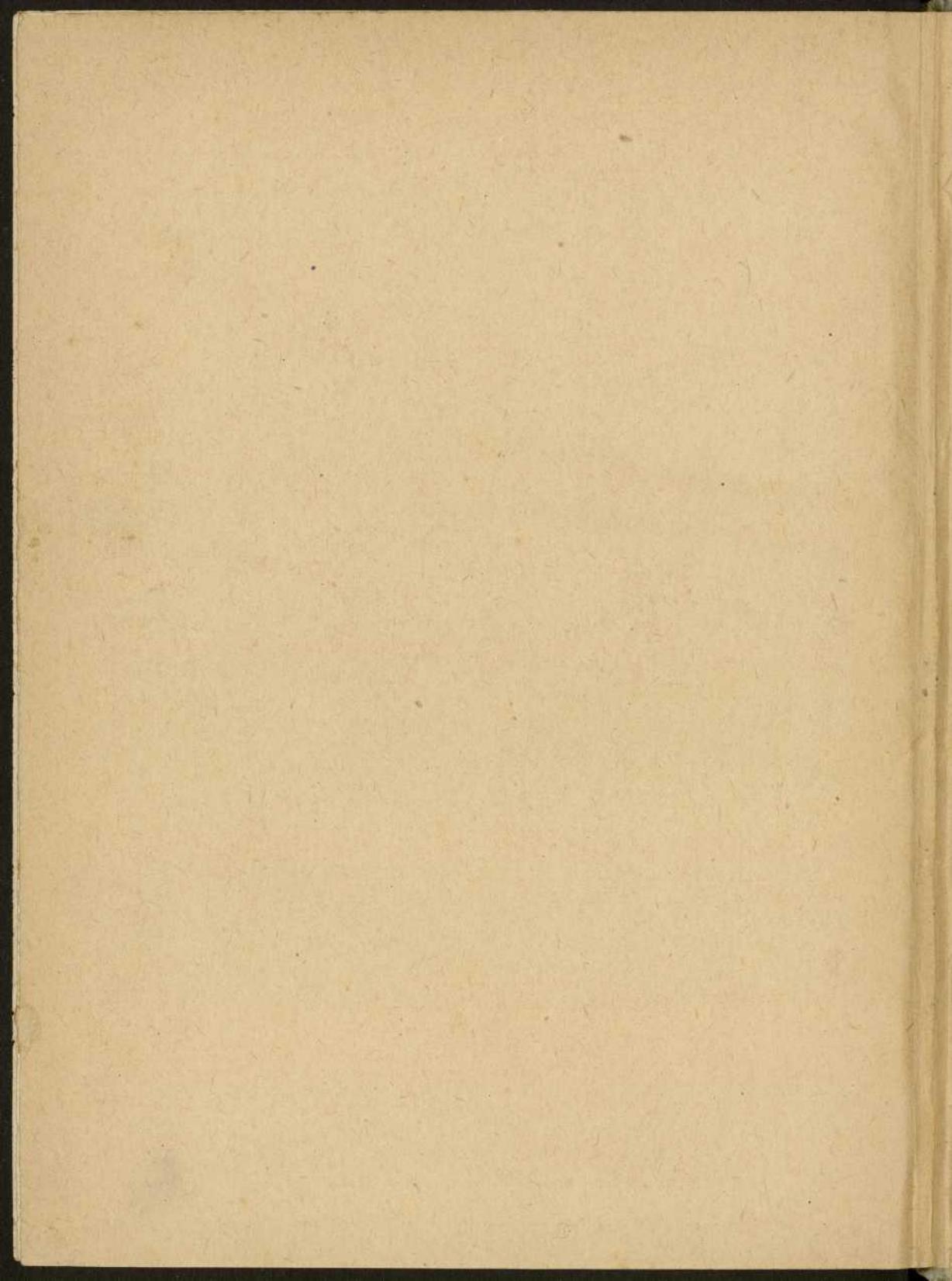
POR MANDATO DE SU SRÍA.

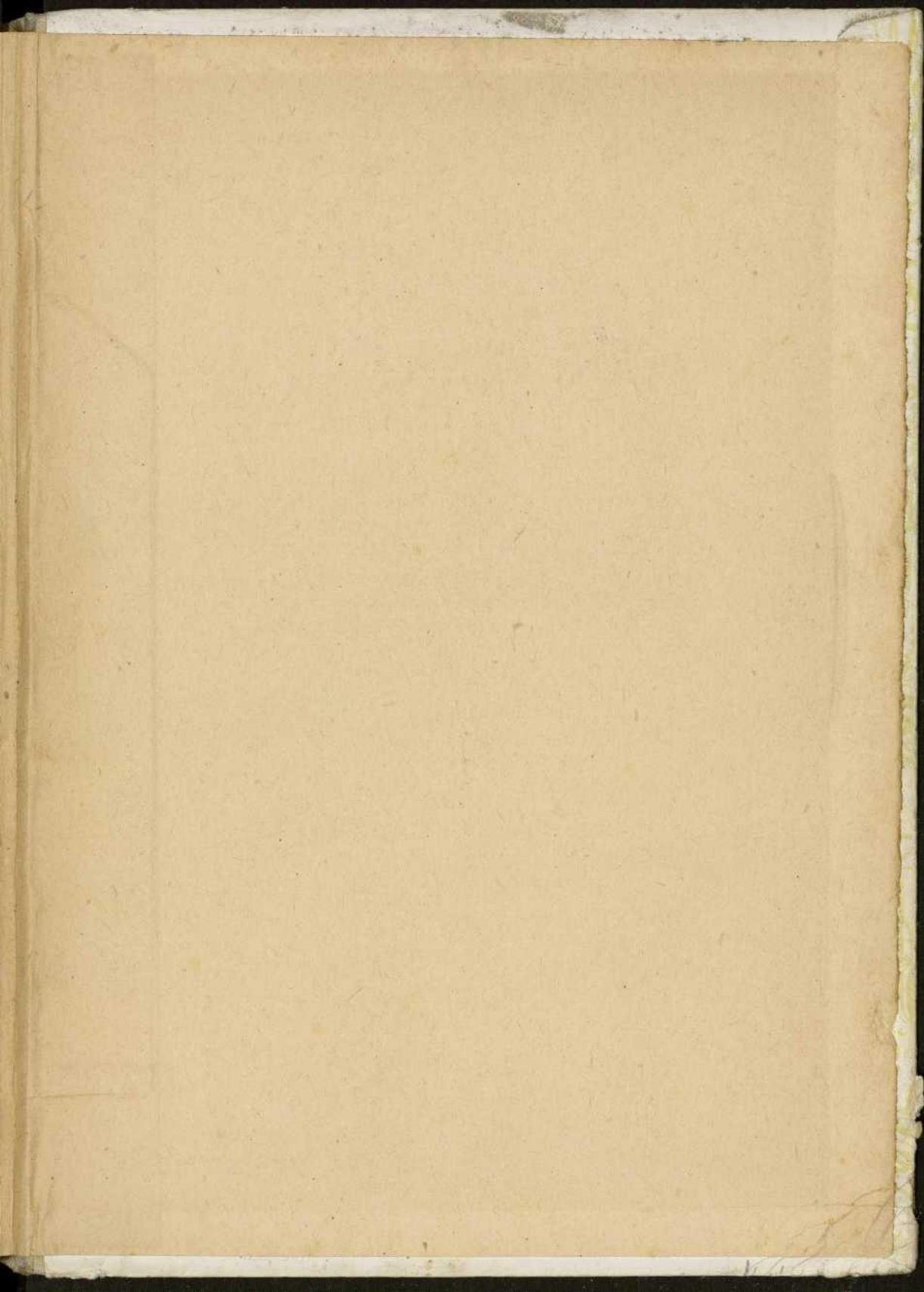
Lic. SALVADOR CARRERAS PERO.,

SRIO. CANC.











21969

PROOR CASSTIA Y POOR LEON...

